EL COJO ILUSTRADO

Año I — 1º DE AGOSTO DE 1892 — Nº 15

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

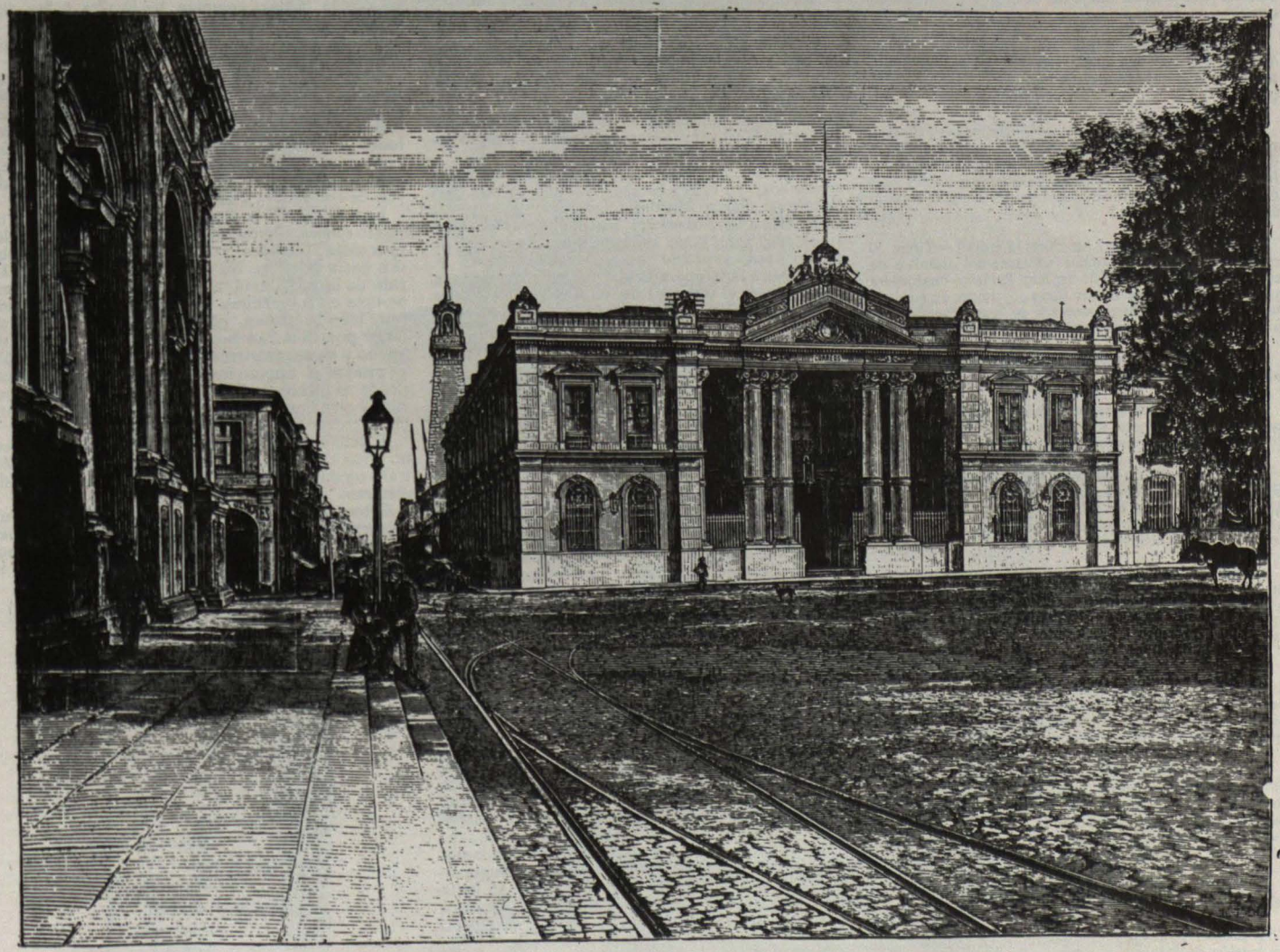
EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO – CARACAS – VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL
(4.000 EJEMPLARES)
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

SUMARIO

TEXTO.—NUESTROS GRABADOS.—*Una cabeza de indio momificada*, por el Dr. A. Ernst.—*El Amor*, poesía por Julio Calcaño.—*Los amores de San Antonio*, por Ricardo Palma.—*La elección Presidencial*, por F. de Sales Pérez.—*Necedades*, por Hércules.—*A mi amigo*, poesía por Alirio Díaz Guerra.—*Nieto del Cid*, por Emilia Pardo Bazán.—*Omnipotencia de Eros*, por el Dr. R. Villavicencio. — NECROLOGIAS. — SUPLEMENTO. — *Su Cara Mitad*.

GRABADOS.—CHILE – *Casa de Correos*.—*Cabeza de un indio momificada*, de fotografía.—*Vistas de Maracaibo*, de fotografía.—*El Siglo XIX*, bajo relieve por Antonio Fabrés.—LA GUAIRA: *Calle de San Juan de Dios y vista hacia el Cardonal*, de fotografías.—*Vistas de Curaçao*.—CARACAS: *Calle Norte 4*, de fotografía.—*Rio de Valencia*, de fotografía.—*Viaducto cerca de la Estación del Ferrocarril de La Guaira*, de fotografía.—*Valenciana*, dibujo al lápiz por A. Herrera Toro.—*Surtidor de Valencia*, de fotografía.—SUPLEMENTO.—*Vals*, por F. de P. Magdaleno.



SANTIAGO DE CHILE. — CASA DE CORREOS

NUESTROS GRABADOS

Es evidente que en toda profesión ó industria existen dos suertes de trabajo que dan resultados enteramente diversos para quien los desempeña; tocando á los unos gloria, quizá alcanzada á poca costa ó en fácil y simpática faena, y á otros nada más que la fatiga moral y material de una ocupación que, á juicio del público, no amerita aplausos, aunque es en realidad de más valía por la suma de dificultades que en sí reúne.

Sucede también esto último en el periodismo, con el encargado de fabricar una crónica diaria en lugar en que la vida pública y social no da de sí argumento digno de nota, sino que por lo contrario se vive en él rodeado de una atmósfera de inactividad y sin suceso extraordinario de ninguna especie. Y así como los periódicos diarios tienen ese potro de tormento para el cronista, existe, quizá más penoso y difícil, en las Revistas ilustradas, con la sección cuyo nombre encabeza estas líneas.

Con efecto: cuando se le entrega al encargado de ensartar renglones explicativos de los grabados de una revista, EL COJO ILUSTRADO v. g., la nota de los que figurarán en el próximo número, y acerca de los que ha de zurcir párrafos y más párrafos, preferiría el desgraciado que le dieran con una maza en pleno cráneo, que no se figura el lector de una revista los quebraderos de cabeza que proporciona formar un todo legible con una materia prima tan escueta y sosa.

Es verdad que á veces hay grabados cuyo asunto puede inspirar algunos párrafos elocuentes, porque hagan nacer en el ánimo del cronista sentimientos de admiración estética, instintos de patriotismo, etc.; pero en la generalidad de los casos es todo lo contrario; pues la sola contemplación de los clichés le quitan al que ha de escribir hasta el ánimo y la voluntad de tomar la pluma. Así en el presente número, en que gran parte de los grabados no prestan materia para ningún linaje de discursos ó apreciaciones. Y si no, veamos:

1º **Vistas de Maracaibo.**—Por supuesto que ha de decirse que son las más preciosas de la ciudad de Mara; y el público convendrá en ello ó nó según le plazcan.

2º **Vistas de Curaçao** (8 nada menos).—¿Escribirémos que el Canal es trasunto fiel, aunque mínimo, del grande y célebre de Venecia; y que sus casas son fabricadas en estilo polícromo y contienen habitadores entre quienes contamos muy buenos amigos, á pesar del celebrado *funche?*

3º **Río de Valencia** (así dice la nota).—Tiene el cronista, primero: que tomar informes del nombre de ese Escamandro ó Tajo de un Rey Rodrigo cualquiera y de otra cualquiera ilustre Cava; y hacer en seguida una descripción churriguerezca en que arrastren las arenas oro, y haya amor *emparejado* á sus orillas.

4º **Surtidor de Valencia.**—Desafío á quien diga algo más de lo que á la vista está.

5º **Vistas de La Guaira.**—Interesantes, sin duda, pero no expresarémos nada mejor en renglones que lo que ve el lector con sus propios ojos.

6º **Viaducto de la estación del Ferrocarril de La Guaira.**—Este sí tiene rabo. Dicen las malas lenguas que este viaducto se ha fabricado expresamente para que los transeuntes lo pasen por debajo y no por cima como con todos acontece.

7º **Calle Norte 4.**—Muy notable hoy por hallarse en una de sus cuadras las respectivas moradas de los señores Doctores Rojas Paúl y Villanueva (por orden alfabético) presuntos Presidentes, y salvadores por ende de la patria mía.

8º **Chile-Casa de Correos.**—No sabemos que decir á este respecto, sino que allí llegaban y de allí salían las cartas para el desgraciado Balmaceda. Aquí sucede lo mismo, aunque no pasamos nunca del sainete á la tragedia. Simple cuestión de vergüenza.

9º **El siglo XIX.**— Bajo relieve alegórico por Antonio Fabrés de una época rica en cosas bellas: tales como El Terror, Napoleón I, Catalina II, *El 2 de diciembre* en Francia, La Comuna, El Cólera, Los Carlistas, La Dinamita y el egregio *Ravachol*. De América no hay que hablar.

10. **Cabeza de indio momificada.**—(Véase el estudio del Doctor A. Ernst).

11. **Música-Vals por Magdaleno.**—Ya hemos tenido ocasión de aplaudir á este compositor, y por tanto nos limitarémos á darle gracias por el obsequio que nos hace.

En resumen: agua, mucha agua en los grabados, y por único elemento de inspiración el precioso dibujo á la pluma de nuestro Herrera Toro, **Una Valenciana,** cuyo original humano es digno de santa posesión y eterno arrobamiento.

UNA CABEZA DE INDIO MOMIFICADA

El curiosísimo objeto que representa la figura de la página 233, es la cabeza momificada de un indio, como las preparan aún hoy los *jíbaros*, tribu que habita entre los ríos Pastaza y Chinchipe en la parte oriental del Ecuador.

Hace cosa de 30 años que estas cabezas llegaron al conocimiento de los etnógrafos, pues al principio de 1861 consiguió el primer ejemplar D. R. de Silva Ferro, Cónsul que fue de Chile en Quito, con la ayuda de un tal José F. Barriero, quien explicó al mismo tiempo el método de la preparación.

Poco después llevó el profesor Cassola otra de estas cabezas á Londres, donde figuró en la gran exhibición (1862) bajo la singular denominación de «Cabeza del Inca.»

Las noticias dadas por Barriero corren insertas en el periódico alemán *Globus* (vol. XIX, pág. 317-318, año de 1871), y poco después fueron completadas por las de un viajero hanoveranо O. Plöger, que publicó sus observaciones correspondientes en el *Globus* (vol. XX, pág. 199), y en el mismo periódico (vol. XXI, pág. 340 á 343) apareció otra descripción por el conocido naturalista R. A. Philippi de Santiago de Chile, acompañada de varios dibujos, según muestras conservadas en el Museo Nacional de dicha capital. El profesor James Orton (The Andes and the Amazon, pág. 171-172) al hablar de los jíbaros, menciona también las cabezas momificadas y da algunas noticias del modo de su preparación. Una figura muy hermosa (en colores) de una de estas cabezas momificadas se halla en la lámina 26 del tomo segundo de la gran obra «Kultur und Industrie südamerikanischer Völker» por Reiss, Stübel y Uhle (Berlín 1890.)

Aunque son objetos poco comunes, existen hasta ahora cerca de dos docenas de tales cabezas en los diferentes Museos de Europa y América; una de ellas tenemos desde 1879 también en el de Caracas, y ésta la hemos descrito detalladamente en un artículo publicado en la *Gaceta Oficial*, número 1.954, del 12 de diciembre del año citado.

Queremos desde luego observar que los jíbaros tratan así las cabezas de enemigos muertos en sus peleas, para tenerlas como pruebas del propio valor, y trofeos de la victoria.

Existe la misma costumbre bárbara entre los *mundrucús* del Brasil, según escribió ya en 1831 el célebre viajero Martius (*Reise* III, 1.314; y más tarde en su obra *Beiträge zur Ethnographie Amerikas*, pág. 392), cuyo informe, aumentado con un dibujo, está repetido en un trabajo de C. F. Hartt sobre la Etnografía del valle del Amazonas, publicado en el tomo VI de los Anales del Museo Nacional de Río de Janeiro (pág. 131-132). Con mayores detalles trata del mismo asunto J. Barbosa Rodríguez en la Revista de la Exposición antropológica del Brasil (año 1882, pág. 28, 40 y 80, donde hay igualmente figuras de tales cabezas.) Bates (Naturalist on the river Amazons, pág. 274) observa que aquellos indios ya no practican la mensionada costumbre, desde que se han civilizado un tanto por el contacto con los brasileños.

Una cabeza momificada por el mismo sistema fue hallada en un sepulcro cerca de Pisco en el Perú (según *Lubbock*, Journ. Anthrop. Instit. 1874), y Zarate (Hist. del descubr. del Perú, cap. 4) describe la misma costumbre al hablar de los indígenas de Pasao, en la costa occidental del Ecuador. Algo semejante, si no más bien una especie de culto religioso tributado á tales restos humanos, existía entre los de Papayán (Col. de docum. inéd. V, 489), y como sabemos que los habitantes del valle del Cauca conservaban igualmente las pieles de sus enemigos muertos en guerra, y las cabezas encontradas en algunos sepulcros en Colombia tienen aún sus cabelleras, parece nada improbable que los jíbaros son hoy día los últimos entre los que se ha conservado una práctica antes mucho más general en aquellos países.

Nos inclinamos además á creer que algo semejante sucediera en tiempos muy remotos entre los pueblos de la familia maya de la América Central, según hemos expuesto en nuestro escrito «Notes on some Stone-yokes from Mexico» (Arch. internat. d'Ethnogr. vol V, pág. 71 á 76), fundando nuestra opinión en las esculturas de un yugo de piedra, encontrado cerca de Jalapa y que se halla ahora en la colección de antigüedades mejicanas, depositada por el señor J. M. Bolívar en el Museo Nacional de Caracas.

Pertenecen finalmente á la misma clase de trofeos bárbaros los conocidos «scalps» de los indios norte-americanos y las cabezas disecadas que conservan los dayaks de Borneo en prueba de su valor personal. Y no tenemos el menor escrúpulo de considerar como hija de la misma barbarie la práctica que en tiempos muy recientes existía aun entre ciertos pueblos *civilizados* de exhibir, plantadas en picas ó encerradas en jaulas de hierro, las cabezas de los así llamados reos de Estado, después de *justiciados*, como lo hicieron v. g. los españoles con José María España, uno de los gloriosos protomártires de la independencia colombiana.

Tiempo es que pongamos punto á esta revista literaria y comparativa, y que volvamos á hablar de la cabeza momificada representada en nuestro grabado, para decir de qué modo los jíbaros preparan los tales objetos.

Después de cortada la cabeza, practican la extracción del cerebro y demás partes blandas, comiéndose el primero, y en seguida separan la cutis de los huesos del cráneo y de la cara, los cuales sacan cuidadosamente por la abertura que ha dejado el pescuezo cortado. Queda entonces una especie de bolsa, que frotan tanto por adentro como por afuera de aceite de andiroba (que llamamos nosotros aceite de carapa); en seguida introducen en ella una piedra calentada del tamaño de un puño, y así la cuelgan en el humo del fuego para desecarla poco á poco y reducirla al tamaño deseado. El humo ennegrece la cara y sirve además como sustancia conservadora. Después de estar bien seca la cabeza, hacen en la parte superior un agujero, por el cual introducen un cordón de algodón trenzado, asegurándolo en la cavidad interior por medio de un nudo ó de un palito atravesado.

Los jíbaros preparan así generalmente las cabezas de enemigos notables, guardándolas después como trofeos de la victoria. Pero parece que someten al mismo procedimiento también las cabezas de sus propios guerreros más esforzados, las cuales consideran después como oráculos, tributándoles una especie de culto religioso. En todo caso se desprenden de estos objetos con suma dificultad.

Como los indios en general son consumados animistas, es decir, creen que haya algo animado aun en los objetos muertos, viven con el miedo de que la cabeza enemiga les insulte ó les diga otras cosas desagradables; por eso le cosen la boca por medio de hilos pasados por el labio inferior, en señal de eterno silencio.

En el ejemplar del Museo Nacional hemos tomado las medidas siguientes: 115 milím. desde el vértice hasta el ángulo de la barba, mayor anchura 68 mm., desde la orilla del pelo en la frente hasta la raíz de la nariz 35 mm., de este último punto hasta la punta de la barba 55 mm.: dimensiones que en una cabeza normal, no momificada, son de 250, 100, 75 y 126 mm. respectivamente.

Los lados de la frente están hundidos en tal punto que su región media forma una cresta; los ojos están cerrados y los párpados como doblados hacia adentro. No hay vestigios de cejas. La raíz de la nariz está muy deprimida, y lo mismo se nota en las mejillas. Las orejas han conservado muy bien su forma, pero tienen sólo 25 mm. de largo por 18 de ancho. La boca tiene 30 mm. de ancho y es muy saliente, de modo que es de sólo 55 grados el ángulo formado por una línea recta desde el meato auditivo al borde del labio superior, y otra desde el último punto á la protuberancia ó cresta frontal.

El pelo es enteramente liso, de color negro con un viso algo rojo, y bastante grueso; la sección transversal es una elipse de 0.16 y 0.11 mm. de diámetro.

Al terminar, no podemos menos de felicitar muy de veras al señor Doctor Arístides Rojas por tener en su rico Museo un objeto de tanto interés etnográfico, y le damos además las gracias por la amabilidad de convidarnos á describirlo.

A. ERNST.

Caracas: 28 de julio 1892.

EL AMOR

—Qué quieres?
—Busco el dolor.
—Y qué le traes?
—Consuelo.
—De dónde vienes?
—Del cielo.
—Cómo te llamas?
—Amor.
—Verte alegre el alma quiso
Mas tú lloras....
—No te asombre,
Nací del llanto del hombre.
—En dónde?
—En el Paraíso.

JULIO CALCAÑO.



MOMIA DE UN INDIO

Fotografía tomada de la cabeza que se encuentra en la Colección de Arístides Rojas

LOS AMORES DE SAN ANTONIO

TRADICIÓN POPULAR DEDICADA Á AMALIA PUGA

Gentil amiga, lo que hoy te cuento
se halla en un códice
amarillento,
por la polilla roído el fin,
escrito en Lima ya hace años ciento,
y en buen latín,
por fray Fulgencio Perlimpimpín,
maestro de Súmulas
en el convento
de nuestro padre San Agustín.

I

Claro! ¡Qué van ustedes á saber donde está Chaupí-Huaranga! No los haré penar en averiguarlo.

Chaupí-Huaranga es una aldehuela en la circunscripción del departamento de Junín; y ella fue, allá por los tiempos de las guerras civiles entre pizarristas y almagristas, teatro de la tradición popular que hoy echo á correr cortes.

Mi abuela tiene un cabrito;
dice que lo matará;
del cuero hará un tamborcito;
lo que suene . . . . . sonará.

Matrimonio feliz, si los hubo, era el de Antonio Catari y Magdalena Huanca, ambos descendientes de caciques.

El, gallardo mozo de veinticinco años, de ánimo levantado, trabajador más que una colmena, y enamorado de su mujercita hasta la pared del frente.

El laboreo de una mina le proporcionaba lo preciso para vivir con relativa holgura.

Cuando iba de paseo por las calles de Jauja ó Huancayo no eran pocas las hijas de Eva que, corriendo ya peligro de firmar contrato para vestir á las ánimas benditas, le cantaban;

Un canario precioso
va por mi barrio . . . .
¡quién fuera la canaria
de ese canario!

Ella, una linda muchacha de veinte primaveras muy lozanas, limpia como onza de oro reluciente, hacendosa como una hormiga, y hembra de su casa y de su marido, á quien amaba con todas las entretelas y reconcomios de su alma.

La casa del matrimonio era, valgan verdades, en cuanto á tranquilidad y ventura, un rinconcito del Paraíso, sin la serpiente, se entiende.

Cristianos nuevos, habían abjurado la religión de sus mayores y practicaban con fervor los actos de culto externo que el cristianismo impone. Jamás faltaban á misa, en los días de precepto, ni á sermón y procesiones, y mucho menos al confesonario por cuaresma. ¿Qué se habría dicho de ellos? ¿O somos ó no somos? Pues, si lo somos, válanos la fe del carbonero.

El adorno principal de la casa era un lienzo al óleo, obra de uno de los grandes artistas que Carlos V ocupara en pintar cuadros para América, representando al santo patrono del marido. Allí estaba San Antonio en la florescencia de la juventud, hecho todo un buen mozo, con sus ojos de azul marino, su carita sonrosada, su sonrisa apacible y su cabellera rubia y riza.

Por supuesto que nunca le faltaba la mariposilla de aceite; y si carecía del obligado ramo de flores era porque la frígida serranía de Pasco no las produce.

Magdalena vivía tan apasionada de su san Antonio como del homónimo de carne y hueso.

Como sobre la tierra no hay felicidad completa, al matrimonio le faltaba algo que esparciese alegría en el hogar; y ese algo era fruto ó fruta de bendición, que Dios no había tenido á bien acordarles en tres años de conyugal existencia.

Magdalena, en sus horas de soledad, se arrodillaba ante la imagen del santo pidiéndola que así como á las muchachas casaderas proporcionaba novio, que siempre fue san Antonio casamentero y dado á meterse en líos amatorios, hiciese por ella el fácil milagro de empeñarse con Dios para que la concediese los goces de la maternidad.

Y san Antonio erre que erre en hacerse el sordo y el remolón.

II

Antonio tenía todas las supersticiones de su raza, aumentadas con las que el fanatismo de los conquistadores nos trajera.

Cuando un indio emprende viaje que lo obliga á pasar más de veinticuatro horas lejos de su hogar, forma á poca distancia de éste y en sitio apartado del tráfico, un montoncito de piedras. Si á su regreso las encuentra esparcidas, es para él artículo de fe la creencia en una infidelidad de su esposa.

Antonio tuvo que ir por una semana á Huancayo. Una noche tempestuosa presentóse en su casa un joven español pidiendo hospitalidad. Era un soldado almagrista que, derrotado en una escaramuza reciente, venía muerto de hambre y fatiga, y con un raspetón de bala de arcabuz en el brazo. Demandaba sólo albergue contra la lluvia y el frío de esa noche, y algo que restaurase un tanto sus abatidas fuerzas.

Mucho vaciló Magdalena para, en ausencia de su esposo, admitir en la casa á un desconocido. Si hubiera existido ese triturador de palabras y pensamientos que llamamos telégrafo, de fijo que le habría hecho parte consultando.

Al fin, el sentimiento de caridad cristiana se sobrepuso á sus escrúpulos. Además ¿qué podía temer del extranjero, acompañada, como vivía, por otras tres mujeres y por cinco indios trabajadores de la mina?

El huésped fue atendido con solicitud, y Magdalena misma aplicó una yerba medicinal sobre la herida. Al practicar el vendaje, levantó la joven los ojos, un temblor convulsivo ajitó su cuerpo y cayó sin sentido.

El soldado español era San Antonio, el santo que en su corazón luchaba con el amor á su marido. Los mismos ojos, la misma sonrisa, la misma cabellera.

Con el alba, el soldado abandonó la casa y siguió su peregrinación.

III

Pocas horas más tarde Antonio llegaba á su hogar.

Había encontrado deshecho el montoncito de piedras.

Desde ese día la felicidad desapareció para los esposos. El disimulaba sus celos y expiaba las acciones todas de su mujer.

Magdalena, con el instinto maravilloso de que Dios dotara á los seres de su sexo, y sin sombra de remordimiento en el cielo azul de su conciencia limpia, adivinó la borrascosa ajitación de espíritu de su marido. Desde los primeres momentos le había dado cuenta de todo lo ocurrido en la casa, durante los días de separación. Antonio sabía, pues, que en su hogar se había dado asilo á un almagrista herido.

Y la mujer, sin mancilla en el cuerpo ni en el alma, pasaba horas tras horas arrodillada ante San Antonio y fotografiando, por decirlo así, en sus entrañas la imagen del bienaventurado.

Y en esta situación anormal y congojosa para el matrimonio, los síntomas de la maternidad se presentaron en Magdalena.

Sombrío y cejijunto, esperaba Antonio el momento supremo.

IV

Magdalena dió á luz un niño.

Cuando la *recibidora* (matrona ú obstetriz de aquellos tiempos) anunció á Antonio lo que ella estimaba como fausto suceso, el marido se precipitó en la alcoba de su mujer, tomó al infante y salió con él á la puerta para mirarlo al rayo solar.

El niño era blanco y rubio como San Antonio!

El indio, acometido de furioso delirio, echó á correr en dirección al riachuelo vecino y arrojó en él al recien nacido.

V

Es tradicional que se vió entonces á un hombre de tipo español lanzarse en la corriente, cojer al niño y subir con él al cerro.

Desde entonces el viajero contempla en la cumbre del cerro fronterizo á Chaupi-Huaranga una gran piedra ó monolito que, á la distancia, semeja por completo un San Antonio con un niño en brazos, tal como en las estampas y en los altares nos presenta la Iglesia al Santo paduano.

RICARDO PALMA

Lima, Junio de 1892

LA ELECCION PRESIDENCIAL

CARTA PRIMERA Á ANDRÉS

Estamos en vísperas de poner término á la gran campaña eleccionaria.

Es la primera vez, desde que tengo uso de razón, que, tres días antes de la elección, no se conozca á punto fijo el resultado.

Tal incertidumbre honra al Gobierno que ha presidido las elecciones y hace pensar bien de este pueblo.

Lo gracioso es que Alcantarístas y Zavarcistas, usando el orden alfabético, como ha dicho alguien, están respectivamente seguros del triunfo.

Cada bando cuenta con quince votos seguros en el Congreso, de donde resulta que son treinta diputaciones.

Yo he estado creyendo hasta ahora que los Estados eran veinte, sin contar el Distrito, pero, por lo que voy viendo, ya tenemos veinte y nueve.

Qué prodigio Andrés! como va creciendo el país!

Eso se debe sin duda á la inmigración, que se va acumulando y formando entidades políticas.

No es posible creer que sea un error de cuenta de los partidarios fervorosos, porque estos señores, antes de pensar en un candidato, sacan muy bien sus cuentas, y es, en vista de sus resultados, que fijan su opinión.

No hay duda; deben ser veintinueve Estados.

Pensar que las distintas diputaciones de los Estados halaguen á los unos y á los otros con ofrecimientos equívocos, sería poner en duda el carácter firme y serio de los hombres que vienen á ejercer los poderes de millares de ciudadanos.

Si una diputación fuera cosa que se pudiera comprar, podría pensarse que había algunos especulando con ambas partes, y que esperaban el último momento para favorecer al que pagara mejor.

Pero; vive Dios! que me espanto hasta de pensarlo, cuando yo sé que un diputado es invendible, incomprable y hasta inmune.

Deben de ser veintinueve Estados, y si resultan veinte, es preciso creer que cada uno tiene voto y medio, y de ahí viene esa trabacuenta que me tiene todo confuso.

Los corifeos de uno y otro bando están como los galleros, apostando doble contra sencillo.

Yo voy á apostar cien libras contra doscientas á favor de cada candidato.

Con cualquiera que gane, tengo hecha mi utilidad. Allá te mandaré el barato.

Esto es divertido para el que ve la riña ganando con cualquier gallo.

Yo gozo hablando con todos los círculos, y hasta me entusiasmo cuando oigo las nuevas medidas que van á decretar.

No vayas á pensar que van á cambiar los metros por varas y los litros por botellas: son medidas de progreso, de bienestar general; cosas estupendas, son, en fin, promesas de la víspera que no dejan nada que desear.

Ayer me decía don Bruno, ponderando lo que iba á ganar el país con el triunfo de su candidato:

—Yo tendré una aduana y otra mi hermano y otra mi hijo, y hasta mi mujer tendrá colocación en el nuevo Gobierno.—

Supongo que la harán preceptora, que es para lo que puede servir una mujer de cincuenta años y sin ninguna educación.

De todo esto deduzco yo que el nuevo

orden va á crear un millón de empleos para que nos acomodemos todos.

He aquí lo que hace falta—empleos y buenos sueldos para salvar la agricultura y las artes y para que la cría, especialmente la de mamíferos, se desarrolle admirablemente.

Ambos partidos formulan el mismo programa, como sucede siempre en las contiendas civiles.

Los hombres están de acuerdo en lo que constituye el bien de los pueblos, y en la manera de hacerlo; sólo difieren en cuanto á los ejecutores.

Cada partido quiere la gloria de hacer la dicha de su contrario; en la suya no piensa jamás, porque entonces no habría generosidad sino egoísmo.

Esa noble disputa de quien hace feliz á quien, es lo que ha inundado de sangre los pueblos desde que existen los gobiernos electivos.

Eso es como si tú, deseoso de mi bienestar, quisieras comprar una hermosa casa para regalármela; y yo propusiera la compra de la misma casa para regalártela á tí, y trabáramos una disputa por anhelar cada uno el bienestar del otro; y viendo que no podíamos entendernos, porque ninguno de los dos se resignaba á sufrir la dicha que el otro le prometía, nos diéramos de cuchilladas, y uno de los dos mandara á su ingrato contendor á gozar la felicidad eterna, por haber rehusado la temporal, ofrecida tan generosamente.

Pero no temo yo eso en el presente caso, porque el país quiere paz y debe ser bastante fuerte para dominar la anarquía.

Y si no lo fuera, habría que renegar del buen sentido, y pensar que andábamos como buque desmantelado á la merced de las olas.

Habría que creer que una revolución radical, que ha destruído todo lo viejo para fundar una sociedad nueva, sobre bases de estabilidad y de orden, era infecunda en sus resultados.

Yo, que soy uno de los escombros derrumbados, me he consolado en la derrota, esperando tener parte en la cosecha de prosperidades que vamos á recoger.

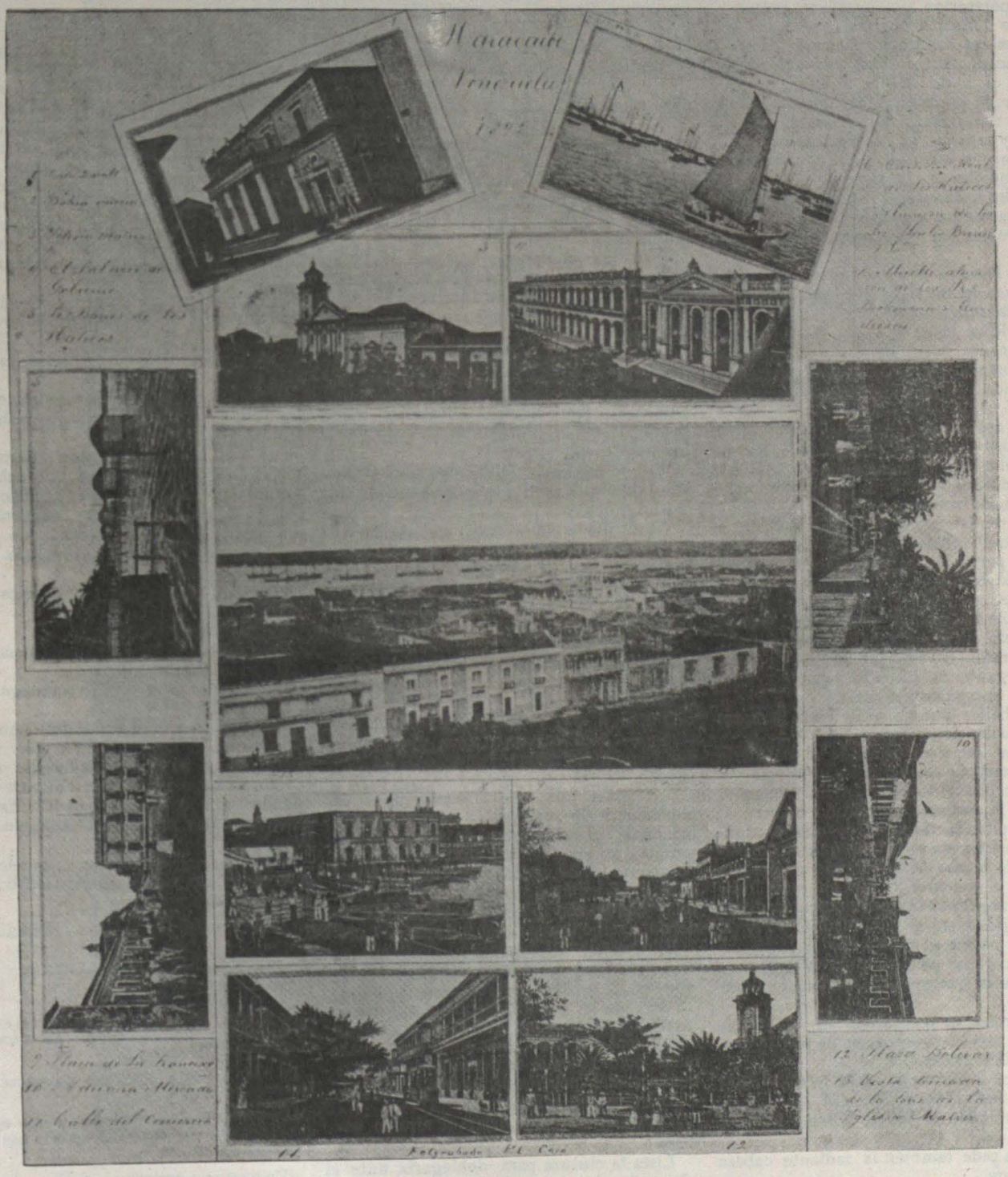
Si es un error, quiero vivir en ese dulce engaño.

No quiero adivinar el infortunio.

La venda que Dios ha puesto en los ojos del hombre, es el don más precioso de su misericordia.

F. DE SALES PÉREZ.

1877.



VISTAS DE MARACAIBO

NECEDADES

Las costumbres, en todos los pueblos, tienen su explicación, su razón de ser, su origen conocido; pero es innegable que algunas, por lo menos en nuestra patria, no obedecen á ningún motivo, por lo cual, con general asentimiento, se las llama necedades ó majaderías.

Costumbres hay cuya causa se escapa á la inteligencia; y si hemos de buscarla, por fuerza hemos de dar con la índole depravada de algunos prójimos ó con la necedad que forma la esencia del hombre.

Una de esas costumbres es la propensión á la extravagancia, la afición á la impertinencia, que es, como si dijéramos, la manifestación de la innata majadería.

Cuántas cosas hay que vemos, que palpamos, y que, sin embargo, son incomprensibles; y cuántas hay también que, si colgaran, parecerían. . . . *cosas colgantes!*

Todos tenemos nuestro lado flaco, esto es, nuestras sandeces, y hasta Dios, el Dios omnipotente, tiene sus majaderías, aunque él halle feo que se lo digan.

Y sabido es que las majaderías son de distinta naturaleza: hay algunas que fastidian, y muchas hay que divierten.

Extenso y vario el número, todas están comprendidas en la nomenclatura de las necedades humanas que son infinitas como las arenas de los mares.

Y ¿cuáles son las majaderías que fastidian?

Pues hombre de Dios! Me pone usted en el caso de manifestarle que esa es una pregunta impertinente.

¿No lo ve usted con sus propios ojos? ¿No le causa hastío ese hombre con pantuflos bordados en oro, y gorro y bata *idem*, ostentando riquezas que son mengua del decoro?

Pues esa ostentación es una de tantas majaderías que causan repugnancia, porque es el reflejo de la mala índole. Sólo por mala índole se hace ostentación de lo que tiene origen bastardo.

Otra de las necedades que hastían es aquella que consiste en dar bailes de lujo, cuando para ellos hay que recurrir al vecino, pidiéndole copas, platos, cubiertos, lámparas, etc., y también al bodeguero, tomándole á plazo que no se vence, brandy y cerveza y champaña; y sobre todo, cuando están envejecidas las cuentas con las bodegas y con Ramella y con Boccardo y con la Compañía Francesa.

Esos bailes pueden muy bien llamarse las bacanales del cinismo.

Y ¿qué me dice usted de la majadería generalizada de *coronar* á los muertos?

Las coronas fúnebres, en mi concepto, prueban la ausencia del sentido común.

Me explico la costumbre de antaño, cuando una palma era el tributo que se depositaba en la tumba de las vírgenes: la palma indicaba el *martirio*; y aun entonces hubo alguna que, en sus últimos momentos, dijera compungida á su afligida madre: «*Por sí ó por no, palma no quiero yo.*»

Pero, coronas para los muertos! Eso me parece, más que una majadería, un desatino.

La corona es testimonio de honor por acciones meritorias, ó signo de alegría por sucesos de importancia.

Y ¿qué honor cábe en morirse, ni qué alegría puede traer la muerte?

Coronas pide el valor, coronas pide el talento!

Corona pide también la radiante cabeza de la novia.

Pero darla á un cadáver, es confundir el matrimonio con la muerte. Bien es verdad que, según algunos, son cosas muy parecidas.

Y sobre todo, mi amigo, la corona, como ofrenda á los muertos, tiene algunas veces algo de ridículo.

¿No? Pues oiga usted!

Un pobre diablo—pobre diablo es todo el que está *limpio*—no tuvo medios para procurarse pan y medicinas; y á nadie le ocurrió pensar que carecía de lo necesario.

Muere el infeliz, y muere. . . . de mengua!

La caridad se apodera del cadáver para conducirlo al lugar donde antes se borraban las preeminencias y donde ahora resalta la necedad de las gerarquías.

Y ¿cree usted que ese cadáver va sin coronas y sin flores? Nada de eso! No ha de faltar un amigo que las envíe á la casa mortuoria, en testimonio de cariño que bien pudiera llamarse. . . . *póstumo.*

Y si al muerto le fuera dado hablar, diría á ese amigo: ¿por qué, si no me diste pan y medicinas, que me faltaron en el lecho del dolor, me das ahora coronas que no merezco y que me son inútiles?

¿No es ésta una de las necedades que lastiman las fibras del sentimiento?

Volviendo ahora á la nomenclatura de ellas, quiero preguntar, para poner fin á estas líneas, en que, si sobra verdad, falta pergeño ¿cuáles son las majaderías que divierten?

¿Ves ese ciudadano que, sin título de ningún género, piensa que su reputación es más alta que toda otra reputación? Vive feliz creyendo en su valimiento y piensa, además, que en su persona está fija la mirada del universo que espera su dictamen para decidirse en alguna empresa político-social-económica. Se juzga una notabilidad. Ah! Si se le ocurriera medir su importancia por el efecto que produciría su muerte!.....

Esa es una majadería ante la cual ningún labio sabe ocultar la sonrisa provocada por lo grotesco.

Y ¿de dónde viene semejante majadería? Viene de la circunstancia de que ese ciudadano es rico. El pobre! No sabe que en el concepto de las gentes sesudas la riqueza es el más notable signo de estupidez.

Dicen algunos que el hombre que no sirve para nada, sirve para clérigo. Mentira! El hombre que no sirve para nada, sirve para tener dinero. Las excepciones confirman la regla.

Quitad á este individuo el oropel por razón del cual lo llaman *Don*, y ya veréis que viene á ser nada más que. . . . *ño Fulano!*

Adviértase que me circunscribo á los ciudadanos de mi patria. Yo no puedo juzgar á los adinerados de otros países, porque no los conozco sino de nombre, porque no los he visto, ni siquiera de lejos, como que jamás he salido de esta patria mía, donde son pocos los ricos que no deban avergonzarse de su fortuna.

Ello es así. El homenaje al dinero es una majadería universal que pone de manifiesto la miseria del corazón humano.

Otra de las majaderías que divierten es la de todo ciudadano que la da por llevar en un ojal del frac una cinta (de cualquier color) como testimonio de importancia social, política y literaria.

Allí viene un señor!

Lista la mano para dejar al aire la cabeza!

Lista la cintura para doblegarla ante el alto señor de ojal encintado!

Se acerca el caballero, y reconocemos que no es el individuo que imaginábamos, sino lisa y llanamente, el pulpero de la esquina, en traje de domingo, el cual gasta cinta, como puede muy bien usarla cualquier hijo de vecino. Ya sabemos lo que es el busto de Bolívar y lo que es la Legión de honor y lo que son las demás zarandajas por el estilo.

Líbreme Dios de decir que son ridículas; pero ello es que divierten las condecoraciones; de tal suerte, que cuando tropezamos con un condecorado, nos viene á los labios la sonrisa y juzgamos que el tal condecorado debe de ser, con perdón del mal hablar, una enorme P mayúscula.

No es menos divertida la sandez de algunos ciudadanos que pretenden ser oráculos, así en materia literaria, como en toda otra materia y que no hacen otra cosa que representar *á lo vivo*, el gracioso tipo delineado por la mano maestra del inimitable Larra.

—Don Fulano, le dice usted, ¿qué le ha parecido la última obra de aquel poeta *cuya fama por el orbe vuela?*

—Voy á decirle. . . . Me ha parecido. . .

Y se le ataruga la palabra al infeliz!

—Y ¿qué piensa usted de la noción general acerca del movimiento de la Tierra? ¿Será verdad que gira en torno al Sol, ó será que el Sol, que es macho, le hace la corte á la Tierra, que es hembra y muy hembra? ¿Volverémos, andando el tiempo, á la antigua noción del jefe hebreo, á quien atribuyen ahora una metáfora atrevida?

—Voy á decirle á usted. . . . El Sol. . . . es un astro. . . . y la Tierra. . . . es. . . . otro astro. . . .

—No, Don Fulano, la tierra es un planeta.

—Es lo mismo, y calle usted, que usted no ha estudiado latín: yo hablo latín como mi propio idioma.

—Está usted adelantado; pero he oído decir que muchos de los que saben latín están dispensados de tener sentido común!

Y á la fin y á la postre, encuentra usted que este oráculo renombrado no ha leído en toda su vida más que el *Catón cristiano de San Casiano.*

¡Qué divertidos son los necios de esta calaña!

Terminemos!

Dije antes que Dios tiene sus majaderías.

No es una blasfemia.

Lo dije y lo repito y lo sostengo.

Vamos allá!

¿No es una majadería del Omnipotente (si es que él se mezcla en las cosas de por acá) no es una majadería, digo, el tenerme á mí siempre en aflictiva penuria, cuando yo, con dinero, podría hacer muchísimas cosas malas en obsequio del prójimo?

Y punto final, que si soy majadero como todo el mundo, no debo ser fastidioso como los tipos delineados.

HÉRCULES.

No penetres demasiado hondo en el corazón de un amigo, no fuese caso que encontrases en él el egoísmo.—HERPIN.

La vida posee el secreto de hacer amar la muerte.—WALDOR.

Los contemporáneos aprecian más el hombre que el mérito; la posteridad aprecia más el mérito que el hombre.—**

Un rostro sin arrugas, es un pliego de papel en el cual no hay nada escrito.—J. P. RICHTER.



El Siglo XIX. — *Bajo relieve por Antonio Fabrés*

A MI AMIGO

EL INSPIRADO POETA DON J. J. BRECA

—

Aquí, donde indolente y perezoso
Arrastra el Funza sus tranquilas aguas,
Y bajo toldo de apiñadas frondas
Abrigo encuentra mi nativa estancia,
Me ha brindado gratísimo deleite
Tu voz amiga, que en queridas playas
Ha resonado en armonioso verso
Para animar mi soledad callada.

¡Ay! cuántas veces cuando el sol declina,
Y al bullicioso afán de horas cansadas
Sigue el sopor de la benigna noche,
Del grato sueño y del consuelo hermana,
He vuelto la mirada con cariño
A las riberas que el Catuche baña;
Allí, donde radiante de hermosura,
Alza sus torres la gentil Caracas,
Generosa ciudad, en cuyo seno,
Sin sombra alguna que torture á el alma,
Han corrido los años de mi vida
Más llenos de ventura y esperanzas.

Caracas, la ciudad de los ensueños,
Ondina, á cuya frente sonrosada
El sol primaveral, haces de lumbre
Para avivar los suyos arrebata.
Alcázar del placer y de la gloria,
A donde en medio de ilusiones castas,
Bañándose en la luz del infinito
Palpitantes de amor llegan las almas.
Do el cielo es puro y plácido el ambiente,
Fresca, sutíl y rumorosa el aura,
Y en ondas impalpables el perfume
Brota de las praderas de esmeralda.
Do la virtud, emanación celeste,
Trasformada en mujer, con níveas alas
Cubre el hogar en donde alienta y vive
Entre efluvios de dicha, la esperanza.
Do en alta noche, al resplandor sereno
Del astro nocturnal, amante y vaga
La ardiente estrofa, que al amor incita,
Vibra al compás de música lejana.

Caracas, la mansión de los deleites,
De intensos goces voluptuosa maga,
A cuyos pies, radiante de alegría,
Vierte la Primavera enamorada
Con la luz de una aurora inextinguible
De su tesoro las mejores galas.
Do á unirse van al mágico concierto
Que alados genios en su prez levantan,
Los roncos ecos de la mar que gime
En su cárcel de arena aprisionada.
Do el arroyo fugaz en la llanura
En blancos hilos su cristal desata,
Y junta á los rumores de la selva
El susurro apacible de sus aguas.

***

Cuántos recuerdos de íntima alegría,
De tantos bienes y de dichas tantas,
Se agolpan á mi mente cuando leo
Del pasado feliz las dulces páginas:
Enjambre de doradas mariposas,
Sueños de luz, visiones encantadas,
Que de inefable venturanza llenan
De mi vida el sonriente panorama!

Allá, bajo ese cielo, en ese nido
Que alegre sol calienta y engalana,
Hay un rincón, para el pesar oculto,
Que afectos puros de mi pecho guarda.
Allí mi cariñosa compañera,
Modesta flor de virginal fragancia,
Cabe la cuna de mis tiernos hijos
Con anheloso afán mi vuelta aguarda.
¡Oh venturoso edén, á cuya sombra
Las tempestades de mi vida acallan!

¿Cómo podré olvidar la tierra amiga
Que llenó de consuelos mi desgracia,
Que en cada corazón me dió un albergue,
Calmó mis duelos y enjugó mis lágrimas,
Cuando transido de cansancio y pena
Logré pisar sus generosas playas?
¡Noble ciudad, tu nombre llevo escrito
Con imborrables cifras en el alma!

¡Cómo tu voz dulcísima, poeta,
Hija de tu bondad ingenua y franca,
Abre los horizontes del recuerdo
Y en ellos ¡ay! mi corazón se espacia! . . .
Porque en tus versos á la vez palpitan,
Del suelo hermoso que mis dichas guarda,
Olor de aromas y rumor de selvas,
Del sol fulgores y murmurio de aguas,
Voces de brisa y resplandor de auroras,
Trinos de alondra y rayos de esperanza!

Y en tanto que la nave que devuelva
A mi angustiado corazón la calma,
Hienda del mar las azulinas ondas
Y tienda el rumbo á las risueñas playas
Donde la estrella que mi noche ahuyenta
Su refulgente claridad derrama,
El mensajero sé de los recuerdos
Que mi cariño y gratitud le mandan,
A la gentil ciudad que es de mi esposa
Y de mis hijos amorosa patria!

ALIRIO DÍAZ GUERRA.

Bogotá, junio 1892.

NIETO DEL CID

—

El anciano cura del santuario de San Clemente de Boán cenaba sosegadamente sentado á la mesa, en un rincón de su ancha cocina. La luz del triple mechero del velón señalaba las acentuadas líneas del rostro del párroco, las espesas cejas canas, el cráneo tonsurado, pero revestido aún de blancos mechones, la piel roja, sanguínea, que en robustas dobleces rebosaba del alzacuello.

Ocupaba el cura la cabecera de la mesa; en el centro su sobrino, guapo mozo de veintidos años, despachaba con buen apetito la ración; y al extremo, el criado de labranza, remangada hasta el codo la burda camisa de estopa, hundía la cuchara de palo en un ernorme tazón de caldo humeante y lo trasegaba silenciosamente al estómago.

Servía á todos una moza aldeana, que aprovechaba la ocasión de meter también la cucharada, ya que no en los platos, en las conversaciones.

El servicio se lo permitía, pues no pecaba de complicado, reduciéndose á colocar ante los comensales un mollete de pan gigantesco, á sacar de la alacena vino y platos, á empujar descuidadamente sobre el mantel el tarterón de barro colmado de patatas con unto.

—Señorito Javier—preguntó en una de estas maniobras—¿qué oyó de la gavilla que anda por ahí?

—¿De la gavilla, chica? Aguárdate...—contestó el mancebo alzando su cara animada y morena...—¿Qué oí yo de la gavilla? No, pues algo me contaron en la feria... Sí, me contaron...

—Dice que al señor abad de Lubrego le robaron barbaridad de cuartos... cien onzas. Estuvieron esperando á que vendiese el centeno de la *tulla* y los bueyes en la feria del quince, y ala que te cojo.

—¿No se defendió?

—¿Y no sabe que es un señor viejecito? Aún para más aquellos días estaba encamado con dolor de huesos.

El párroco, que hasta entonces había guardado silencio, levantó de pronto los ojos, que bajo sus cejas nevadas resplandecieron como cuentas de azabache, y exclamó:

—Qué defenderse ni qué... En toda su vida supo Lubrego por donde se agarra una escopeta.

—Es viejo.

—Bah, lo que es por viejo... Sesenta y cinco años cumplo yo para Pentecostés y sesenta y seis hará él en Corpus, lo sé de buena tinta, me lo dijo él mismo. De modo que la edad... lo que es á mí no me ha quitado la puntería, alabado sea Dios.

Asintió calurosamente el sobrino.

—¡Vaya! Y si no que lo digan las perdices de ayer, ¿eh? Me remendó usted la última.

—Y la liebre de hoy, ¿eh, rapaz?

—Y el raposo del domingo—intervino el criado, apartando el hocico de los vapores del caldo. —¡Cuando el señor abad lo trajo *arrastrando* con una soga así (y se apretaba el gaznate) gañía de Dios! Ouú... Ouú...

—Allí está el maldito—murmuró el cura señalando hacia la puerta, donde se extendía, clavada por las cuatro extremidades, una sanguinolenta piel.

—No comerá más gallinas—agregó la criada amenazando con el puño á aquel despojo.

Esta conversación venatoria devolvió la serenidad á la asamblea, y Javier no pensó en referir lo que sabía de la gavilla. El cura, después de dar las gracias mascullando latín, se enjuagó con vino, cruzó una pierna sobre otra, encendió un cigarrillo, y alargando á su sobrino un periódico doblado, murmuró entre dos chupadas:

—A ver luego qué trae *La Fe*, hombre.

Dió principio Javier á la lectura de un artículo de fondo, y la criada, sin pensar en recoger la mesa, sacó para sí del pote una taza de caldo y sentóse á comerla en un banquillo al lado del hogar. De pronto cubrió la voz sonora del lector un aullido recio y prolongado. La criada se quedó con la cuchara enarbolada sin llevarla á la boca, Javier aplicó un segundo el oído, y luego prosiguió leyendo, mientras el cura, indiferente, soltaba bocanadas de humo y despedía de lado frecuentes salivazos. Transcurrieron dos minutos, y un nuevo aullido, al cual siguieron ladridos furiosos, rompió el silencio exterior. Esta vez el lector dejó el periódico, y la criada se levantó tartamudeando:

—Señorito Javier... señor amo... señor amo...

—Calla—ordenó Javier; y, de puntillas, acercóse á la ventana, bajo la cual parecía que sonaba el alboroto de los perros: mas éste se aquietó de repente.

El cura, haciendo con la diestra pabellón á la oreja, atendía desde su sitio.

—Tío—siseó Javier.

—Muchacho.

—Los perros callaron; pero juraría que oigo voces.

—¿Entonces, cómo callaron?

No contestó el mozo, ocupado en quitar la tranca de la ventana con el menor ruido posible. Entreabrió suavemente las maderas, alzó la falleba, y animado por el silencio, resolvióse á empujar la vidriera. Un gran frío penetró en la habitación; vióse un trozo de cielo negro tachonado de estrellas, y se indicaron en el fondo los vagos contornos de los árboles del bosque, sombríos y amontonados. Casi al mismo tiempo rasgó el aire un silbido agudo, se oyó una detonación, y una bala, rozando la cima del pelo de Javier, fue á clavarse en la pared de enfrente. Javier cerró por instinto la ventana, y el cura, abalanzándose á su sobrino, comenzó á palparlo con afán.

—¡Re... condenados! ¿Te tocó, rapaz?

—¡Si aciertan á tirar con munición lobera... me divierten!—pronunció Javier algo inmutado.

—¿Están ahí?

—Detrás de los primeros castaños del soto.

—Pon la tranca... así... anda volando por la escopeta... las balas... el frasco de la pólvora... Trae también el *Lafuché*... ¿oyes?

Aquí el párroco tuvo que elevar la voz como si mandase una maniobra militar, porque el desesperado ladrido de los perros resonaba cada vez más fuerte.

—Ahora, ahí, ladrar... ¿Por qué callarían antes, mal rayo?

—Conocerían á alguno de la gavilla; les silbaría ó les hablaría—opinó el gañán, que estaba de pie, empuñando una horquilla de coger el tojo, mientras la criada, acurrucada junto á la lumbre, temblaba con todos sus miembros y de cuando en cuando exhalaba una especie de chillido ratonil.

El cura, abriendo un ventanillo practicado en las maderas de la ventana, metió por él el puño y rompió un cristal; enseguida pegó la boca á la abertura, y con voz potente gritó á los perros:

—¡A ellos, Chucho, Morito. Linda... Chucho, duro en ellos, ahí, ahí... ánimo. Linda, hazlos pedazos!

Los ladridos se tornaron, de rabiosos, frenéticos; oyóse al pie de la misma ventana ruido de lucha; amenazas sordas, un ¡ay! de dolor, una imprecación, y luego quejas como de animal agonizante.

¡El pobre Morito... ya no dará más el raposo! —murmuró el gañán.

Entre tanto el cura, tomando de manos de Javier su escopeta, la cargaba con maña singular.

—A mí déjame con mi escopeta, de las perdices... vieja y tronada... Tú entiéndete con el *Lafuché*... yo, esas novedades... ¡Bah! estoy por la antigua española. ¿Tienes cartuchos?

—Sí señor—contestó Javier disponiéndose también á cargar la carabina.

—¿Están ya debajo?



LA GUAIRA. — Calle de San Juan de Dios [de la Esquina de Las Trincheras á la Iglesia]

—Al pie mismo de la ventana... Puede que estén poniendo las escalas.

—¿Por el portón hay peligro?

—Creo que nó. Tienen que saltar la tapia del corral, y los podemos fusilar desde la solana.

—¿Y por la puerta de la bodega?

—Si le plantan fuego... Romper no la rompen.

—Pues vamos á divertirnos un rato... Aguarday aguarday, amiguitos.

Javier miró á la cara de su tío. Tenía éste las narices dilatadas, la boca sardónica, la punta de la lengua asomando entre los dientes, las mejillas encendidas, los ojuelos brillantes, ni más ni menos que cuando en el monte el perdiguero favorito se paraba señalando un bando de perdices oculto entre los retamares. Por lo que hace á Javier, horrorizábanle aquellos preparativos de caza humana. En tan supremos instantes, mientras deslizaba en la recámara el proyectil, pensaba que se hallaría mucho más á gusto en los claustros de la Universidad, en el café ó en la feria del quince, comprándoles rosquillas y caramelos á las señoritas del Pazo de Valdomar. Volvió á ver en su imaginación la feria, los relucientes ijares de los bueyes, la mansa mirada de las vacas, el triste pelaje de los rocines, y oyó la fresca voz de Casildita del Pazo, que le decía con el arrastrado y mimoso acento del país:

—¡Ay, déme el brazo por Dios, que aquí no se anda con tanta gente!

Creyó sentir la presión de un bracito... Nó, era la mano peluda y musculosa del cura, que le impulsaba hacia la ventana.

—A apagar el velón... (hízolo de tres valientes soplidos). A empezar la fiesta. Yo cargo, tú disparas... tú cargas, yo disparo... ¡Eh, Tomasa!—gritó á la criada;—no chilles, que pareces la comadreja... Pon á hervir agua, aceite, vino, cuanto haya... Tú,—añadió dirigiéndose al gañán,—á la solana. Si montan á caballo de la muralla me avisas.

Dijo, y con precaución entreabrió la ventana, dejando sólo un resquicio por donde cupiese el cañón de una escopeta y el ojo avizor de un hombre. Javier se extremeció al sentir el helado ambiente nocturno; pero se rehizo presto, pues no pecaba de cobarde, y miró abajo. Un grupo negro hormigueaba; se oía como una deliberación, en voz misteriosa.

—¡Fuego!—le dijo al oído su tío.

—Son veinte ó más—respondió Javier.

—Y qué!—gruñó el cura al mismo tiempo que apartaba á su sobrino con impaciente ademán; y apoyando en el alfeizar de la ventana el cañón de la escopeta, disparó.

Hubo un remolino en el grupo, y el cura se frotó las manos.

—¡Uno cayó patas arriba... *quoniam!*—murmuró pronunciando la palabra latina, con la cual, desde los tiempos del seminario, reemplazaba todas las interjecciones que abundan en la lengua española.—Ahora tú, rapaz. Tienen una escala: al primero que suba...

Los dedos de Javier se crispaban sobre su hermosa carabina Lefaucheux, mas al punto se aflojaron.

—Tío—atrevióse á murmurar—entre esos hay gente conocida; me acuerdo ahora de que lo decían en la feria. Aseguran que viene el cirujano de Solás, el cohetero de Gunsende, el hermano del médico de Doas. ¿Quiere usted que les hable? Con un poco de dinero puede que se conformen y nos dejen en paz, sin tener que matar gente.

—¡Dinero, dinero!—exclamó roncamente el cura.

—¿Tú sin duda piensas que en casa hay millones?

—¿Y los fondos del santuario?

—Son del santuario, *quoniam*, y antes me dejaré tostar los pies como le hicieron al cura de Solás el año pasado, que darles un ochavo. Pero mejor será que le agujereen á uno la piel de una vez y no que se la tuesten. ¡Fuego en ellos! Si tienes miedo, iré yo.

—Miedo nó—declaró Javier; y descansó la carabina en el alfeizar.

—Lárgales los dos tiros—mandó su tío.

Dos veces apoyó Javier el dedo en el gatillo, y á las dos detonaciones contestó desde abajo formidable clamoreo; no había tenido tiempo el mancebo de recoger la mano, cuando se aplastó en las hojas de la ventana una descarga cerrada, arrancando astillas y destrozándolas: componían su terrible estrépito estallidos diferentes, seco tronar de pistoletazos, sonoro retumbo de carabinas y estampido de trabucos y tercerolas. Javier retrocedió, vacilando; su brazo derecho colgaba; la carabina cayó al suelo.

—¿Qué tienes, rapaz?

—Deben de haberme roto la muñeca—gimió Javier, yendo á sentarse casi exánime en el banco.

El cura, que cargaba su escopeta, se sintió entonces asido por los faldones del levitón, y á la dudosa luz del fuego del hogar vió un espectro pálido que se arrastraba á sus pies. Era la criada, que silabeaba con voz apenas inteligible:

—Señor... señor amo... ríndase, señor... por el alma de quien lo parió... señor, que nos matan... que aquí morimos todos...

—¡ Suelta, *quoniam !*—profirió el cura lanzándose á la ventana.

Javier, inutilizado, exhalaba ayes, tratando de atarse con la mano izquierda un pañuelo ; la criada no se levantaba, paralizada de terror ; pero el cura, sin hacer caso de aquellos inválidos, abrió rápidamente las maderas y vió una escala apoyada en el muro, y casi tropezó con las cabezas de dos hombres que por ella ascendían. Disparó á boca de jarro y se desprendió el de abajo ; alzó luego la escopeta, la blandió por el cañón y de un culatazo echó á rodar al de arriba. Sonaron varios disparos, pero ya el cura estaba retirado adentro, cargando el arma.

Javier, que ya no gemía, se le acercó resuelto.

—A este paso, tío, no resiste usted ni un cuarto de hora. Van á entrar por ahí ó por el patio. He notado olor á petróleo ; quemarán la puerta de la bodega. Yo no puedo disparar. Quisiera servirle á usted de algo.

—Viérteles encima aceite hirviendo con la mano izquierda.

—Voy á sacar la Rabona de la cuadra por el portón, y á echar un galope hasta Doas.

—¿ Al puesto de la Guardia ?

—Al puesto de la Guardia.

—No es tiempo ya. Me encontrarás difunto. Rapaz, adiós. Rézame un Padre nuestro y que me digan misas. ¡ Entra, taco, si quieres !

—¡ Haga usted que se rinde... entreténgalos... Yo iré por el aire !

La silueta negra del mancebo cubrió un instante el fondo rojo de la pared del hogar, y luego se hundió en las tinieblas de la solana. El tío se encogió de hombros, y asomándose, descargó una vez más la escopeta á bulto. Luego corrió al lar y descolgó briosamente el pesado pote que pendiente de larga cadena de hierro hervía sobre las brasas. Abrió de par en par la ventana, y sin precaverse ya, alzó el pote y lo volcó de golpe encima de los enemigos. Se oyó un aullido inmenso, y como si aquel rocío abrasador fuese incentivo de la rabia que les causaba tan heróica defensa, todos se arrojaron á la escala, trepando unos sobre los hombros de otros ; y á la vez que por las tapias se descolgaban dos ó tres hombres y luchaban con el gañán, una masa humana cayó sobre el cura, que aún resistía á culatazos. Cuando el racimo de hombres se desgranó, pudo verse á la luz del velón que encendieron, al viejo, tendido en el suelo, maniatado.

Venían los ladrones tiznados de carbón, con barbas postizas, pañuelos liados á la cabeza, sombrerones de anchas alas y otros arreos que les prestaban endiablada catadura. Mandábalos un hombre alto, resuelto y lacónico, que en dos segundos hizo cerrar la puerta y amarrar y poner mordazas al criado y la criada. Uno de sus compañeros le dijo algo en voz baja. El jefe se acercó al cura vencido.

—Eh, señor abad... no se haga el muerto... Hay ahí un hombre herido por usted y quiere confesión...

Por la escalera interior de la bodega subían pesadamente conduciendo algo ; así que llegaron á la cocina vióse que eran cuatro hombres que traían en vilo un cuerpo, dejando en pos charcos de sangre. La cabeza del herido se balanceaba suavemente ; sus ojos, que empezaban á vidriarse, parecían de porcelana en su rostro tiznado ; la boca estaba entreabierta.

—¡ Qué confesión, ni !...—dijo el jefe.—¡ Si ya está dando las boqueadas !

Pero el moribundo, apenas lo sentaron en el banco, sosteniéndole la cabeza, hizo un movimiento, y su mirada se reanimó.

—¡ Confesión !—clamó en voz alta y clara.

Desataron al cura y lo empujaron al pie del banco. Los labios del herido se movían como recitando el acto de contrición ; el cura conoció el estertor de la muerte y distinguió una espuma de color de rosa que asomaba á los cantos de la boca. Alzó la mano y pronunció *ego te absolvo* en el momento en que la cabeza del herido caía por última vez sobre el pecho.

—Llevárselo—ordenó el jefe.—Y ahora diga el señor abad donde tiene los cuartos.

—No tengo nada que darles á ustedes—respondió con firmeza el cura.

Sus cejas se fruncían, su tez ya no era rubicunda, sino que mostraba la palidez biliosa de la cólera, y sus manos, lastimadas, extranguladas por los cordeles, temblaban con temblequeteo senil.

—Ya dirá usted otra cosa dentro de diez minutos... Le vamos á freír á usted los dedos en aceite del que usted nos echó. Le vamos á sentar en las brasas. A la una... á las dos.

El cura miró alrededor y vió sobre la mesa donde habían cenado el cuchillo de partir el pan. Con un salto de tigre se lanzó á asir el arma, y derribando de un puntapie la mesa y velón, parapetado tras de aquella barricada, comenzó á defenderse á tientas, á obscuras, sin sentir los golpes, sin pensar más que en morir noblemente, mientras á quemarropa le acribillaban á balazos...

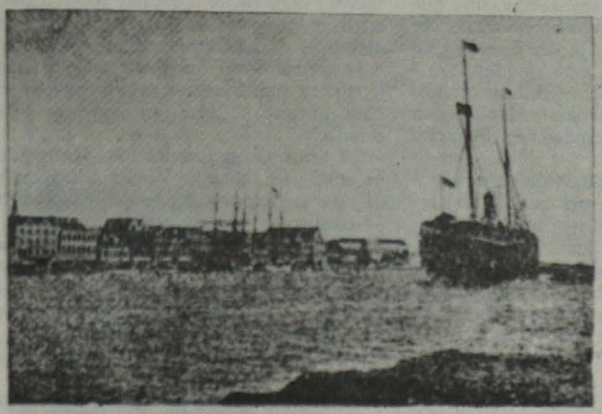
El sargento de la Guardia civil de Doas, que llegó al teatro del combate media hora después, cuando aún los salteadores buscaban inútilmente bajo las vigas, entre la hoja de maíz del jergón, y hasta en el Breviario, los cuartos del cura, me aseguró que el cadáver de éste no tenía forma humana, según quedó de agujereado, magullado y contuso. También me dijo el mismo sargento que desde la muerte del cura de Boán abundaban las perdices ; y me enseñó en la feria á Javier, que no persigue caza alguna, porque es manco de la mano derecha.

EMILIA PARDO BAZAN

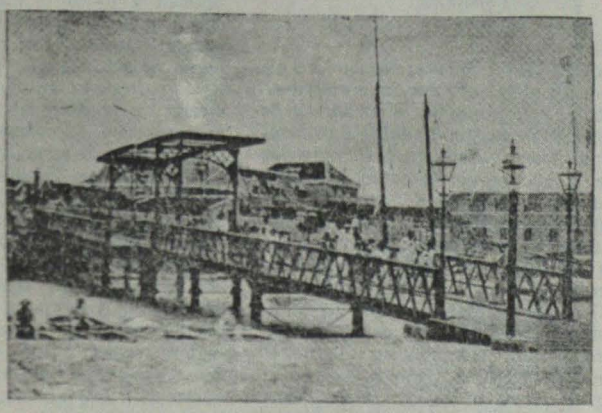


VISTA DE LA GUAIRA HACIA EL CARDONAL

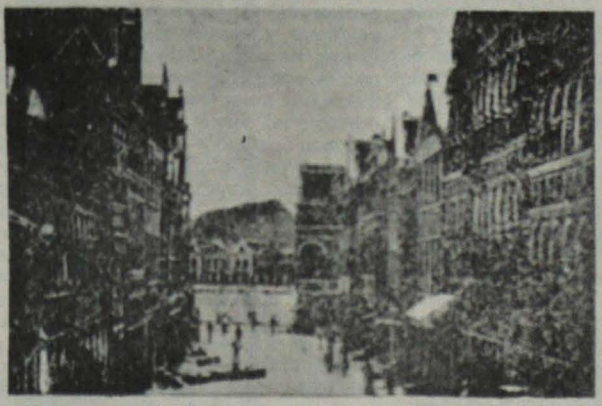
1



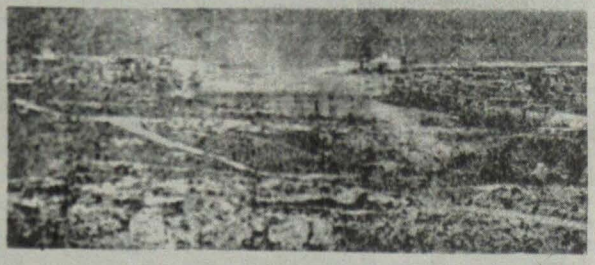
5



2



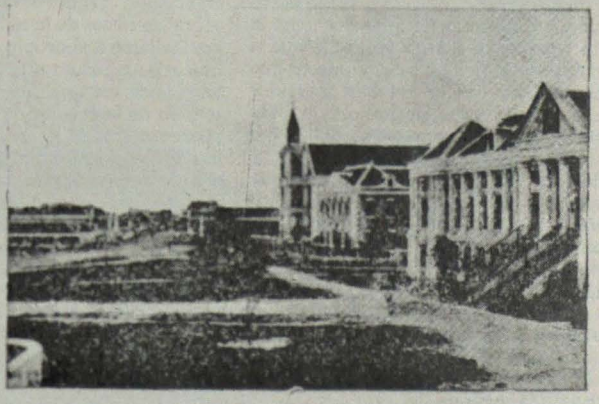
6



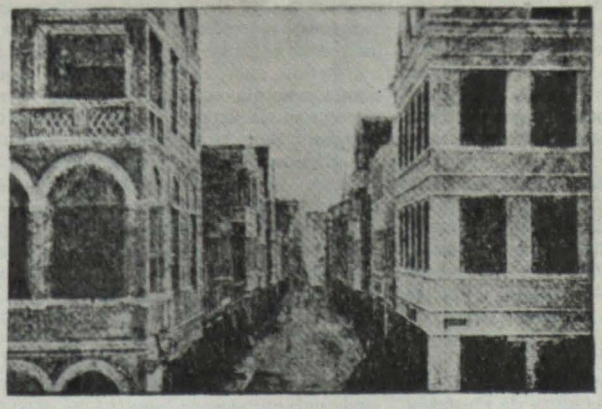
3



7



4



8



CURAÇAO

1 Vista del Puerto
2 Calle Ancha de Punda
3 Colegio Welgelegen (de las Monjas)
4 Calle Ancha de Punda (prolongación)
5 Puente de Scarloo
6 Vista tomada al Norte del Puerto
7 Casa Ayuntamiento. — Stadhius (Pun la)
8 Vista de Punda, tomada de Otra Banda.

OMNIPOTENCIA DE EROS

Continuación.

III

En que consiste esa fuerza que retiene los planetas al rededor del Sol? decíamos en nuestro último artículo. Esta pregunta envuelve la solución de dos problemas confundidos al principio de las investigaciones científicas; pero muy diferentes entre sí y por sus resultados. Primero: ¿por qué los cuerpos parecen atraerse recíprocamente? O en otros términos, ¿cuál es la naturaleza de la fuerza que causa los movimientos de los cuerpos celestes? Segundo: ¿cómo obra semejante fuerza, y cuales son las condiciones de su acción? O lo que tanto vale: ¿cuál es la ley que gobierna su actividad? Al principio de su evolución intelectual, el hombre no discirnió estos dos géneros de investigaciones, ni relativamente á la gravitación, ni respecto á las demás fuerzas naturales; y así debía ser, ya que aun no había medido el alcance de su inteligencia. La averiguación del por qué y del cómo del universo era un solo problema; de aquí tantas afirmaciones destituidas de fundamento, acerca de la esencia de las cosas. Mas el hombre ha llegado á convencerse, como resultado de sus exploraciones en el vastísimo campo de la naturaleza, de que si le están abiertas todas las vías y puede llegar á conocimientos positivos en la averiguación de las condiciones que determinan los fenómenos naturales, ó sea de las leyes que los gobiernan; apenas le es dado hacer suposiciones ó formar hipótesis más ó menos plausibles, cuando se trata de la naturaleza íntima de los seres y de las fuerzas.

La historia del descubrimiento de la ley de la gravitación es una de tantas pruebas en favor de las leyes que rigen la evolución intelectual. Entre los antiguos encontramos nociones confusas de una cierta fuerza que gobierna el curso de los astros. Con motivo de la caída de un aerolito, Anaxágoras de Clazomene sostuvo que los astros estaban formados de sustancias pesadas como la tierra; y á la objeción que se le opuso de que si los astros eran pesados debían caer, contestó que el movimiento circular de que estaban animados se lo impedía. Es la primera indicación de la fuerza rotatoria señalada como capaz de retener los cuerpos celestes en sus órbitas.

Empédocles de Agrigento es el primero que emprende elevar á la altura de una teoría, el *amor* y el *odio* que trasporta á la naturaleza inanimada. Son para él fuerzas primordiales, casi idénticas con la atracción y la repulsión de los físicos modernos. Para Heráclito, el verdadero movimiento es la oscilación, obedeciendo á dos fuerzas contrarias, que él llamaba *unión* y *discordia*, la paz y la guerra. Ellas deben mantener los rodajes del mundo y penetrar hasta las últimas partículas de la materia.

Leucipo es el fundador de la escuela atomística que afirma la realidad del movimiento y la variedad múltiple de la materia. Su amigo y propagador de su doctrina, Demócrito de Abdera, sostiene que los átomos, inmóviles por su naturaleza, han recibido un impulso primordial, sin que sepamos de donde hace él provenir tal impulso. Conforme á su principio de que el semejante atrae al semejante, admite un movimiento oscilatorio ó circular, resultado de una fuerza de atracción y de repulsión.

Platón cree que las cosas de la misma naturaleza se atraen mútuamente: para él hay cuatro especies de cuerpos y para cada uno existe una región particular á donde se encuentra la masa principal, y á donde todas las partículas de la misma naturaleza esparcidas en el universo, tienden á reunirse. Aristóteles se esfuerza, en casi todas sus obras, por presentar todos los fenómenos físicos del universo como causados por un principio único. Los peripatéticos, los estoicos y los epicúreos se acuerdan en pensar que los cuerpos tienden hacia el centro del mundo.

Lucrecio adivina con su admirable talento lo que no fue demostrado hasta el siglo XVII de nuestra era por Galileo y por Newton: que la pesantez obra con la misma intensidad sobre todos los cuerpos. En su poema inmortal *De Rerum Natura* dice: Lib. II vers. 225 y sig. "Es verdad que en el agua ó en el aire los cuerpos aceleran su caída en proporción á su peso, porque las ondas y el fluido ligero del aire no oponen á todos la misma resistencia, sino que ceden más fácilmente á los más pesados. No sucede lo mismo en el vacío: jamás y en ningún lugar resiste á los cuerpos, sino que les abre á todos paso de la misma manera. Así los átomos apesar de la desigualdad de sus masas, deben moverse con la misma velocidad en el vacío, teatro ocioso de su actividad."

Séneca en sus *Cuestiones naturales* emite algunas ideas que son como inspiraciones de un verdadero genio. Reproduciendo una teoría de Apolonius el mindio, acerca de los cometas, dice: "Apolonius afirma que muchos cometas se mueven como planetas; solamente su forma como su órbita, es más alargada. El cometa nos es invisible en tanto que su carrera se prolonga en las regiones más lejanas del universo, y no nos aparece sino en la porción más aproximada de nosotros." Y luego añade "Se nos objeta que si los cometas fuesen especies de planetas, no saldrían del Zodíaco. ¿Pero qué hombre osaría asignar á los astros una ruta única? Los planetas mismos describen órbitas diferentes los unos de los otros; por qué no habría otros cuerpos celestes que tuviesen cada uno un camino particular que recorrer, aunque muy diferente de las vías que siguen los planetas? Si se me pregunta por qué no se ha observado el curso de los cometas como el de los cinco planetas, responderé que hay muchas cosas de las que sólo sabemos que existen, sin conocer su naturaleza. Todo el mundo reconoce la existencia de esta fuerza interior, que se llama *alma*, ó de otro modo, que excita y dirige nuestros movimientos; pero nadie nos dirá lo que es esta fuerza directriz, soberana de nuestro cuerpo, como nadie nos instruirá del lugar que ocupa: el uno os dirá que es un espíritu ó soplo (*spíritus*); el otro una armonía (*concentus*); un tercero que es una partícula de la fuerza divina; este, un aire sutil; aquel un poder inmaterial. Hay algunos que la colocan en la sangre; otros en el calor. Nuestro espíritu tiene tan poca luz sobre las obras de la naturaleza, que está todavía por hallarse á sí propio. ¿Es, pues, sorprendente que estas cosas no estén aún para nosotros sugetas á leyes ciertas; que no se conozca el principio y el fin de la revolución de estos cuerpos que no aparecen sino al cabo de un largo intervalo? No hay todavía mil quinientos años que la Grecia se ocupa de astronomía. Existen todavía muchas naciones que no conocen el cielo sino de vista, que no saben por qué la luna se eclipsa: la razón de este fenómeno no es, por otra parte, bien conocido entre nosotros sino de ayer. Vendrá un tiempo en que á fuerza de pacientes investigaciones, se pondrá en claro lo que nos está hoy oculto. La vida de un hombre no basta para tales descubrimientos, aunque se consagrase por completo al estudio del cielo. ¿Qué se puede esperar cuando se ha recibido en patrimonio una vida ya tan corta, muy desigualmente repartida entre las ocupaciones frívolas y los estudios serios? No será, pues, sino tras una larga serie de generaciones que se llegará á saber lo que nosotros ignoramos. Vendrá un tiempo en que nuestros descendientes se sorprenderán de que nosotros hayamos ignorado cosas tan patentes. *(Veniet tempus, quo posteri tam aperta nos nescise mirentur.)*

Montucla, muerto en 1799, antes del descubrimiento de los cometas periódicos, cita este pasage de Séneca en tono de burla. Siempre el mismo procedimiento. Así se ha maltratado á Anaxágoras, á Sócrates, á Aristarco, á Colón, á Galileo, á Harveo, á Mesmer, á Hahnemann; y así se burlan hoy, las gentes que se llaman serias, de los fenómenos de telepatía, de las apariciones, etc., etc.

Tolomeo en su *Tratado de la caída de los cuerpos*, se limita á reproducir las ideas de Platón, y afirma que hay cuatro regiones á donde las masas de cada uno de los cuatro elementos de la naturaleza tienden á reunirse, y que la pesantez era el esfuerzo producido por esta tendencia. Plutarco introdujo una modificación feliz en las ideas platónicas. Del principio de la atracción de los semejantes, concluye que el todo atrae la parte; que la tierra atrae las sustancias terrestres, la luna las sustancias lunares, el sol las sustancias solares, y del mismo modo para los demas cuerpos celestes. El no llega, sinembargo, hasta admitir que los cuerpos celestes se atraen mútuamente; pero siente que hay motivo para examinar por qué la luna no cae sobre la tierra, y lo atribuye, "á la violencia de su revolución; ni más ni menos que las piedras y guijarros y todo lo que se pone en una fronda son impedidos de caer porque se les gira violentamente en redondo."

La idea de la gravitación se precisa de edad en edad. En el siglo VI Simplicio, de la escuela de Atenas, expresa de una manera general este pensamiento; que el equilibrio de los cuerpos celestes depende de que la fuerza centrífuga se opone á la fuerza que atrae estos cuerpos hacia las regiones inferiores. Por la misma época, Juan Philopón, discípulo de Ammonius Hérmeas, atribuye el movimiento de los planetas á un impulso primitivo y á un esfuerzo constante para caer.

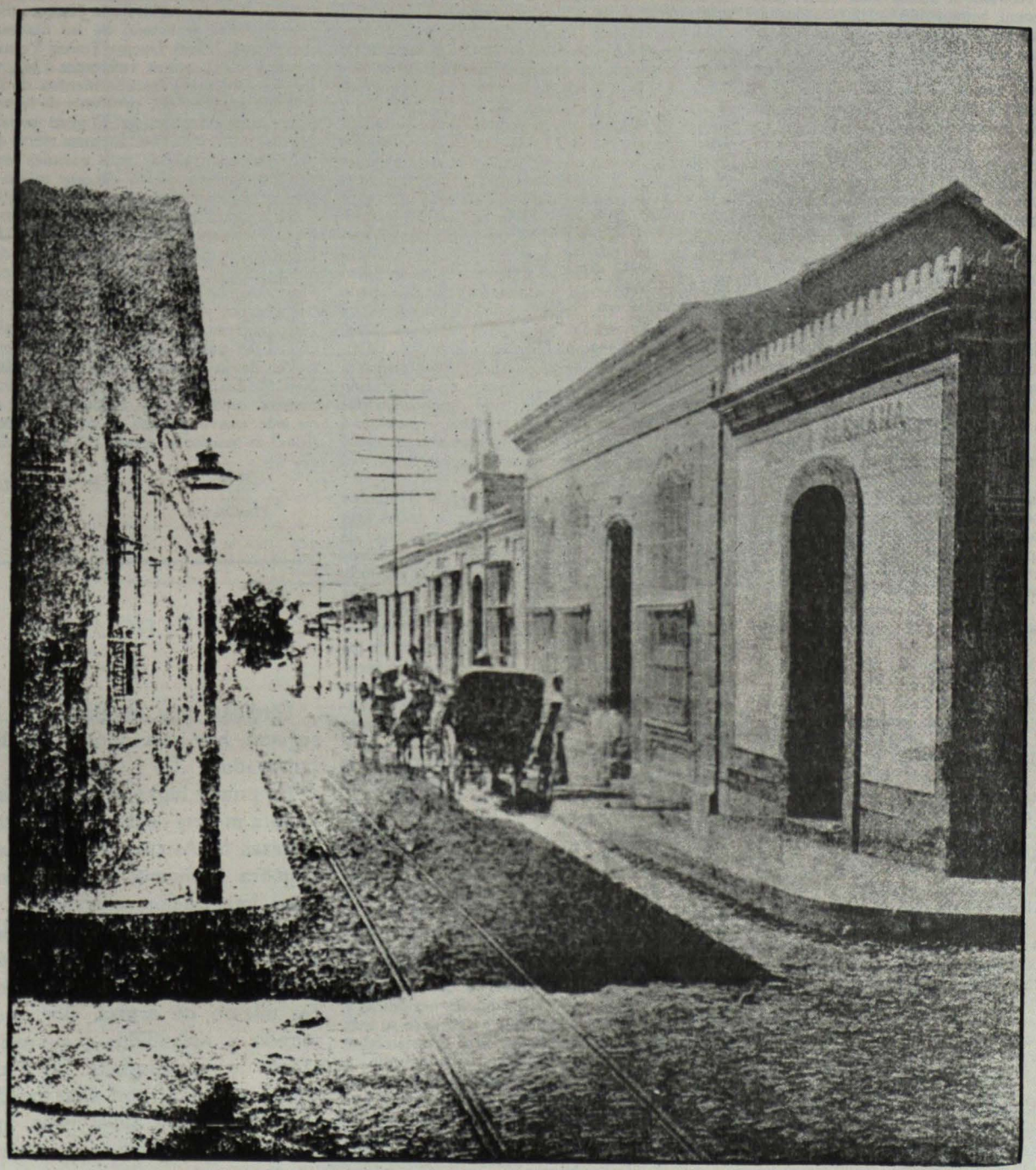
Los astrónomos de las escuelas árabes, siguiendo el ejemplo de Hiparco, nos han dejado multitud de observaciones interesantes, y de hechos capitales, para la construcción de las teorías modernas, y para el descubrimiento de las leyes que rigen nuestro sistema solar; pero no encontramos entre ellos ninguna hipótesis relativa á la fuerza que causa los movimientos de los cuerpos celestes: tal fue la conducta de aquel grande astrónomo, creador de la astronomía matemática.

Llegamos á los tiempos modernos; y como es natural, nos tropezamos en primer lugar con el ilustre Copérnico. He aquí lo que él dice relativamente á la gravitación. "En cuanto á mí, pienso que la pesantez no es otra cosa que una cierta apetencia natural de que el divino arquitecto del universo ha dotado las partes de la materia, á fin de que ellas se reunan bajo la forma de un globo. Esta propiedad pertenece también al sol, á la luna y á los planetas; es á ella que estos astros deben su forma esférica, así como sus movimientos diversos."

Viene en seguida el gran Kepler que es antes de Newton, el que más se aproxima á la verdadera ley de la gravitación. No era simplemente un observador y un calculista, sino que inquirió con mucha diligencia en las causas físicas de los fenómenos, de manera que puede asegurarse que la fundación de la mecánica celeste fue bosquejada por él. El entrevió, en efecto, la relación exacta de su primera ley, la de los áreas, con el principio de que la dirección de la fuerza aceleratriz de cada planeta pasa continuamente por el sol. En cuanto al otro principio relativo á la intensidad de la fuerza que constituye la dificultad capital del problema, la concibió erradamente, ya que supóne que la fuerza disminuye en razón de la distancia simplemente, apesar de que había descubierto la ley de la intensidad de la luz que varía en razón del cuadrado de la misma distancia; aquel error fue corregido por Bouillaud quien adivinó la verdadera ley. En su famosa obra *De Stella Martis*, que contiene el descubrimiento de las leyes empíricas de los movimientos planetarios, Kepler asegura que la gravedad es una afección corpórea, recíproca entre dos cuerpos de la misma especie, que tiende como la acción del imán, á reunirlos; así que cuando la tierra atrae una piedra, esta atrae al mismo tiempo la tierra, pero con una fuerza más débil, así como contiene menor cantidad de materia. Si la luna y la tierra, dice, no fuesen retenidas en sus respectivas órbitas por una fuerza animal ú otra equivalente, la tierra subiría hacia la luna corriendo una cincuenta y cuatroava parte de la distancia que las separa, y la luna descendería las otras cincuenta y tresavas partes, suponiendo que ambas tengan la misma densidad.

Para Gilbert, contemporáneo de Kepler, el imán simboliza todas las fuerzas atractivas; y en este concepto asegura que la luna gira al rededor de la tierra; y que si levanta las aguas de nuestros océanos es por una influencia magnética. Kepler coincide en este pensamiento.

Los verdaderos precursores de Newton son Huygens, y sobre todo Galileo, como fundadores de la dinámica. Hasta entonces no se había pensado sino muy vagamente, en explicar un movimiento curvilíneo por la combinación de un impulso instantáneo con una fuerza central contínua. El primer ejemplo claro de semejante



CARACAS. — Calle Norte 4, tomada de la Esquina de Salas, hacia el Sur

composición de fuerzas es dado por Galileo para el caso de la parábola. Borelli la realizó luego, aunque de una manera un poco oscura, para el movimiento circular. El llega á esta conclusión notable, que para comprender los movimientos planetarios no es necesario admitir ni inteligencias especiales, ni una influencia magnética, ni un éter de densidad variable en el seno del cual están suspendidos los astros; que todo se explica por una simple tendencia de estos cuerpos hacia el sol, semejante á la de los cuerpos hacia el centro de la tierra. Esta tendencia dirige los planetas hacia el sol, y los satélites hacia sus planetas respectivos, y se combina con un impulso inicial, como sucede en una fronda.

Huygens descubrió la ley de la variación de la fuerza centrífuga en el movimiento circular y Hooke logró realizar experimentalmente el movimiento elíptico al rededor de un centro.

En todas las épocas de grande actividad del espíritu humano, sea científica, moral, social, etc., aparece un genio, que reuniendo y sintetizando los materiales esparcidos, les da una forma; hace de ellos un todo homogéneo; les anima con una vida superior, y los convierte en sustancia misma de nuestro ser y en poderosos agentes de progresos ulteriores. Tal fue la tarea de Newton respecto á la mecánica celeste. La ley de Kepler sobre las áreas prueba que la fuerza gravitativa de cada planeta pasa constantemente por el sol. Newton demostró, por medio de una figura sencilla, que suponiendo que la dirección de dicha fuerza sea siempre la de la línea que une el planeta al sol, las áreas descritas serían proporcionales á los tiempos pero que esta relación cambiaría en cualquiera otra suposición.

Mas la dificultad principal se refería á la medida de la intensidad de la fuerza. Combinando Newton la tercera ley de Kepler con los teoremas de Huygens acerca de las variaciones de la fuerza centrífuga, llegó á concluir que para el caso en que el movimiento fuese circular y uniforme la fuerza atractiva variaba en razón inversa al cuadrado de la distancia: era una primera aproximación. Se necesitaba verificar esta ley para el caso de la forma geométrica de las órbitas, como la establecía la segunda ley de Kepler. En el movimiento elíptico hay dos puntos, el perihelio y el afelio, en los cuales la fuerza centrífuga es directamente opuesta á la fuerza de gravitación, y á los cuales es aplicable la ley anterior, en virtud igualmente de los teoremas de Huygens: segunda aproximación. Mas quedaba por resolver la parte más difícil del problema; si la ley es la misma para los demás puntos de la elipse y en el caso del movimiento variado: aquí fue necesario el auxilio del análisis trascendental, cuya creación es obra del genio del mismo Newton y de Leibnitz. Con tan poderoso medio de investigación, Newton logró demostrar que en todos los puntos de la elipse la fuerza aceleratriz varía en razón inversa al cuadrado de la distancia.

Hecha la investigación por medio del mismo análisis, respecto al valor propio de la fuerza para cada planeta traído á la unidad de distancia, se encontraron relaciones, que combinadas con la tercera ley de Kepler, demostraron esta importante verdad que completa el inmortal descu-

brimiento de Newton: la acción solar es, en cada caso proporcional, suponiendo iguales las distancias, á la masa del planeta. Como las condiciones son las mismas para los satélites respecto de sus planetas, fue extendida á ellos la ley que quedó establecida así: Los planetas gravitan hacia el sol, y los satélites hacia sus planetas, en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias.

A fin de completar la demostración, Newton juzgó sabio tomar el conjunto de la cuestión en sentido inverso y determinar *á priori* los movimientos planetarios que resultarían de semejante ley dinámica. Por medio de este procedimiento cayó, como no podía menos de suceder, en las leyes de Kepler, solamente que el análisis hizo reconocer que la órbita podía ser, no solamente una elipse, sino una sección cónica cualquiera; y que su forma dependía de la intensidad de la velocidad inicial, y no de su dirección; de manera que cierto aumento de esta velocidad cambiaría la elipse en parábola; y un aumento mayor en hipérbola, teniendo siempre al sol en el foco.

Hasta aquí la sublime concepción de Newton bastaba para ligar y calcular matemáticamente todos los fenómenos celestes; pero nada más. La existencia de nuestro satélite nos ha hecho el inmenso servicio de ligar la mecánica celeste á la de la tierra, permitiendo comprobar la identidad de la tendencia contínua de la luna hacia la tierra con la pesantez propiamente dicha, lo que basta para demostrar que la acción mútua de los cuerpos celestes no es otra cosa que la pesantez generalizada; ó en sentido inverso, que la pesantez es un caso particular de la gravitación universal.

Aunque la ley de Newton fue inmediatamente aceptada por la mayor parte de los astrónomos distinguidos de la Gran Bretaña, los del continente le opusieron una viva resistencia, porque, discípulos de la escuela cartesiana, no podían resolverse á abandonar la teoría de los torbellinos del maestro. Verdad es que la concepción de Newton no era para entonces positiva, sino en los términos siguientes: si dos cuerpos son lanzados en el espacio con la condición de que se atraigan en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias se moverán en una órbita elíptica de manera que su centro común de gravedad ocupa uno de los focos de la elipse; y las líneas que unen dicho centro á los cuerpos giratorios describirán áreas que serán proporcionales á los tiempos. Mas, cuando se quería aplicarla á nuestro sistema solar comenzaban las dificultades, ya que cada planeta es atraído, no solamente por el sol, sino por todos los otros planetas aunque en mucho menor grado. El cálculo de los efectos producidos por estas fuerzas perturbadoras era el problema que los geómetros tenían que resolver. En su forma más general necesita de un análisis complicado; felizmente se encuentran en nuestro sistema casos en que, con motivo de cierta limitación en las condiciones, es posible alcanzar algún grado de exactitud. Por ejemplo, el sol, la tierra y la luna forman un sistema por sí solos, que es en muy poco perturbado por la atracción de los otros planetas. El Sol, Júpiter y Saturno forman otro en las mismas condiciones. En ambos casos el número de cuerpos que hay que tomar en consideración se reduce á tres. De aquí nació el célebre problema de los tres cuerpos que tanto ocupó la sagacidad de los matemáticos. Con la esperanza de mejorar las tablas lunares y de completar las investigaciones que Newton había comenzado, tres distinguidos geómetros, Clairaut, D'Alembert y Euler, hacia mediados del último siglo, emprendieron simultáneamente, y sin conocimiento recíproco, la solución del problema de los tres cuerpos, y comenzaron una serie de brillantes descubrimientos, que nuestro siglo ha visto terminados.

La solución de Clairaut fue presentada á la Academia de Ciencias de París en 1747, y fue aplicada al caso de la luna. El explicó la mayor parte de las desigualdades lunares; pero sucedió que por un error cometido al calcular el movimiento de la línea de los nodos, se llegó hasta creer que era necesario hacer intervenir otra fuerza pertubadora, ó que la atracción no se ejercía en razón inversa al cuadrado de la distancia. El mismo Clairaut corrigió poco después su error, y los resultados obtenidos confirmaron la exactitud de la ley de Newton.

La vuelta del cometa de 1682 que Halley había predicho para fines de 1758 ó principios de 1759 presentó una excelente oportunidad de poner á prueba la teoría de Newton. Clairaut aplicó la solución del problema de los tres cuerpos, á las perturbaciones que el cometa tenía que sufrir por parte de Júpiter y de Saturno; y después de cálculos laboriosos, anunció á la Academia de Ciencias en Noviembre de 1758 que el cometa volvería, y pasaría por su perihelio el 15 de Abril de 1759. La predicción se cumplió aproximadamente, ya que el cometa pasó por el perihelio el 13 de Marzo.

D'Alembert presentó á la Academia de Ciencias su solución del problema al mismo tiempo que Clairaut. En 1749 publicó su tratado sobre la precesión de los equinoxios. Por medio del análisis inventado por él con el nombre de "Cálculo de las diferencias parciales" determinó la rata de la precesión; así como la de la nutación del eje terrestre, que había sido descubierta por Bradley. La solución del problema le condujo á asignar la relación de las fuerzas atractivas del sol y de la luna que encontró ser la de siete á tres aproximadamente.

Euler presentó tres memorias á la Academia de ciencias en 1747, 1752 y 1756 todas tres premiadas y relativas á los movimientos de Júpiter y de Saturno. Las últimas corregían errores deslizados en las primeras. En la segunda llegó á un resultado importantísimo, y es que las desigualdades ocasionadas por las atracciones mútuas de los planetas son periódicas, y hasta vino á fijar el período de 30.000 años dentro de los cuales las órbitas de Júpiter y de Saturno recobran su valor original. Esto sirvió de fundamento al gran descubrimiento de Lagrange y de Laplace referente á la estabilidad del sistema planetario. La tercera memoria termina por una aplicación de sus fórmulas á la determinación de la órbita terrestre perturbada por la acción de los planetas, y concluye fijando la variación de la oblicuidad de la eclíptica en 48″ por siglo, cantidad que se acuerda con la observación.

Apesar de tan importantes trabajos quedaba mucho por hacer para la aplicación de la ley de Newton á la totalidad del sistema solar. Esta obra fue llevada á cabo por dos hombres eminentes, que son gloria de su época, de su país y de la humanidad entera, Lagrange y Laplace. El primero trató sobre el fenómeno de la libración de la luna, sobre los movimientos de los satélites de Júpiter, sobre las desigualdades periódicas y seculares de los planetas etc., etc.; pero su más grande descubrimiento fue el de la invariabilidad de las distancias medias. Antes de cumplir los veinte y cuatro años Laplace encontró esta invariabilidad en una hipótesis restringida que Lagrange generalizó en 1776, y demostró en un simple y luminoso análisis. De este dato, que es una consecuencia necesaria de las condiciones del sistema planetario, resulta que todos los cambios á los cuales están sugetas las órbitas de los planetas con motivo de sus gravitaciones recíprocas, son periódicas; y que el sistema no encierra, por tanto, en sí mismo ningún principio de destrucción, sino que está dispuesto como para durar por siempre.

Las investigaciones de Laplace abrazan toda la teoría de la gravitación: y tuvo el alto honor de perfeccionar lo que había sido dejado incompleto por sus predecesores. Entre las numerosas desigualdades que afectan el movimiento de la luna, hay una que nadie había logrado explicar; tal es la aceleración de su movimiento medio, sospechado primero por Halley, y confirmado por Dunthorme y Mayer. Lagrange demostró que no podía ser causado por ninguna peculiaridad en la forma de la tierra; Bossut la atribuyó á la resistencia del medio etéreo, y el mismo Laplace creyó al principio que dependía de que la gravitación no se trasmitía instantáneamente. Mas, aplicando una observación hecha sobre los satélites de Júpiter concluyó que tal aceleración era debida á la variación en la exentricidad de la órbita terrestre. Esta conclusión ha sido, en parte invalidada por recientes investigaciones de Adams de Cambridge. Encontró también la causa de las desigualdades en el movimiento medio de Júpiter y de Saturno; se ocupó de la teoría acerca de la figura de los planetas, y de los movimientos de los satélites de Júpiter: dió una explicación del fenómeno de las mareas, que fue completada por el Doctor Tomás Young, y trató muchos otros temas referentes á la gravitación. Por los brillantes descubrimientos de Laplace la solución analítica del problema de la astronomía física fué perfeccionada. El gran principio de la gravitación vino á ser la causa cierta de las más pequeñas como de las más grandes perturbaciones planetarias y quedó de este modo asentada para el porvenir sobre bases inconmovibles.

Para completar esta serie de pruebas vino primero el descubrimiento del planeta Urano por Herschel, y más tarde el maravilloso del planeta Neptuno por Leverrier. Este último planeta fue visto con los ojos del espíritu antes que con los del cuerpo; y el instrumento de que usó Leverrier para su descubrimiento fue el cálculo aplicado á las perturbaciones de Urano, en la suposición de la perfecta exactitud de la ley de Newton. Los hechos vinieron á confirmar de una manera espléndida la hipótesis de la existencia de este nuevo planeta, y afirmar sobre un pedestal de granito la gloria del inmortal Newton.

R. VILLAVICENCIO

Continuará

NECROLOGIA

Pérdidas muy notables son las que registra hoy esta sección de EL COJO ILUSTRADO.

En primer lugar la inesperada y prematura muerte de la joven señora MARÍA CÁSPERS DE AMENGUAL, niña-madre de angélica fisonomía, espíritu elevado y culto, imaginación soñadora. . . . Bajó á la nada dejando ejemplo de amor casto, como de quien por sí parecía la cifra engendradora del cariño ideal. . . Su talento de artista, por todos admirado y aplaudido; que cuando brotaban de su garganta de Venus las notas musicales, con ellas brillaba entre sus labios su alma divina, que tan profundamente sabía sentir y amar. ¡Feliz ella que deja por recuerdo una estela de luz purísima, y un mundo de célicos afectos!

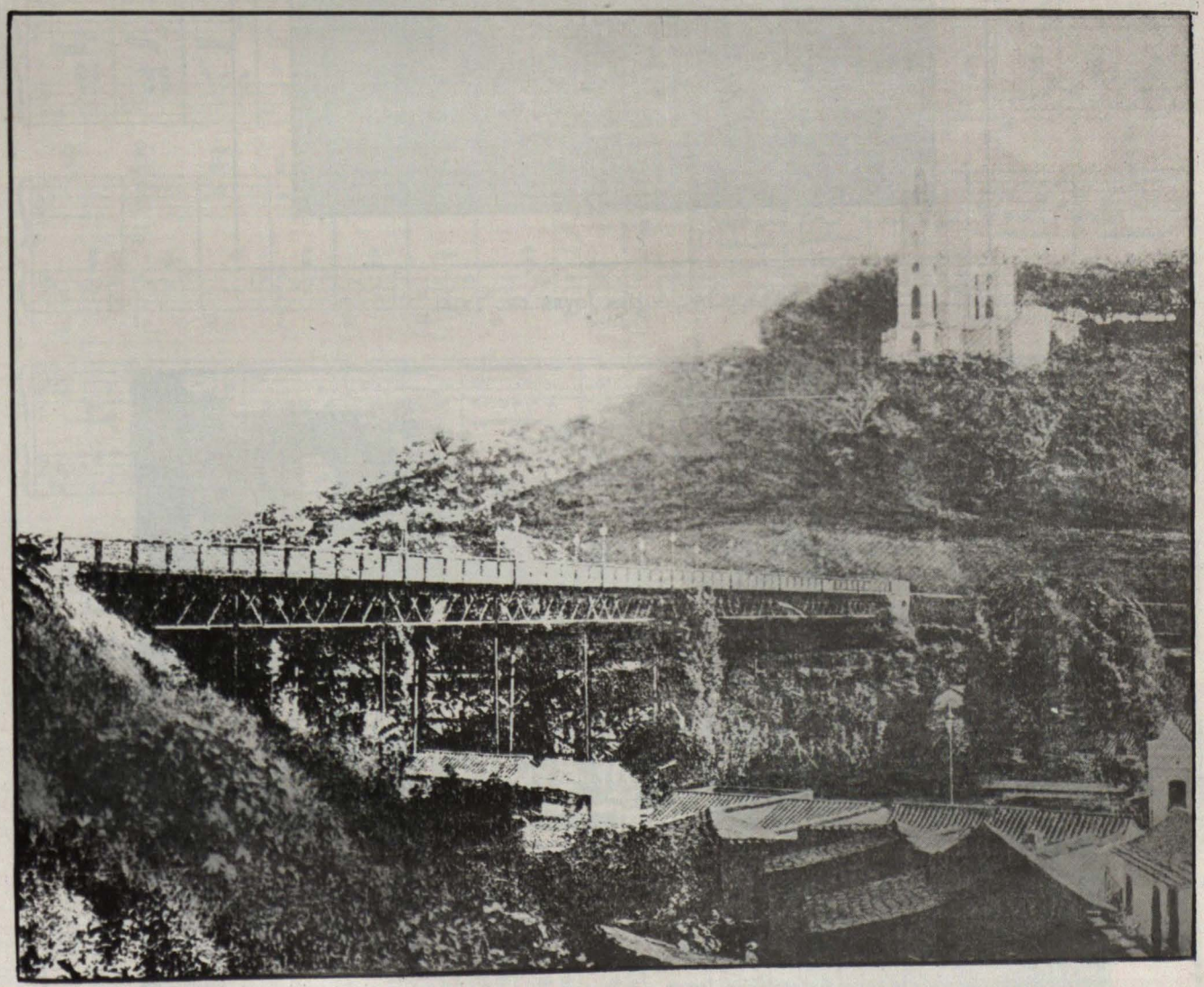
La señora del General J. B. Arismendi murió también en la semana próxima pasada, dejando luto entre los suyos y ejemplo de virtudes digno de imitarse. Paz á sus restos, y nuestro pésame á sus deudos.

*

Recíbanlo muy sincero la familia de quien fue nuestro apreciado amigo RAFAEL VAAMONDE, arrebatado por la muerte á las caricias de sus hijos y á los brazos de su esposa; y también los deudos del señor Don FRANCISCO CALCAÑO, quien falleció hace poco.



Rio de Valencia



CARACAS. — Viaducto cerca de la Estación del Ferrocarril de La Guaira

(Vista tomada á la inversa de la publicada en el número 5)



VALENCIA. — Una Joven del Tejal

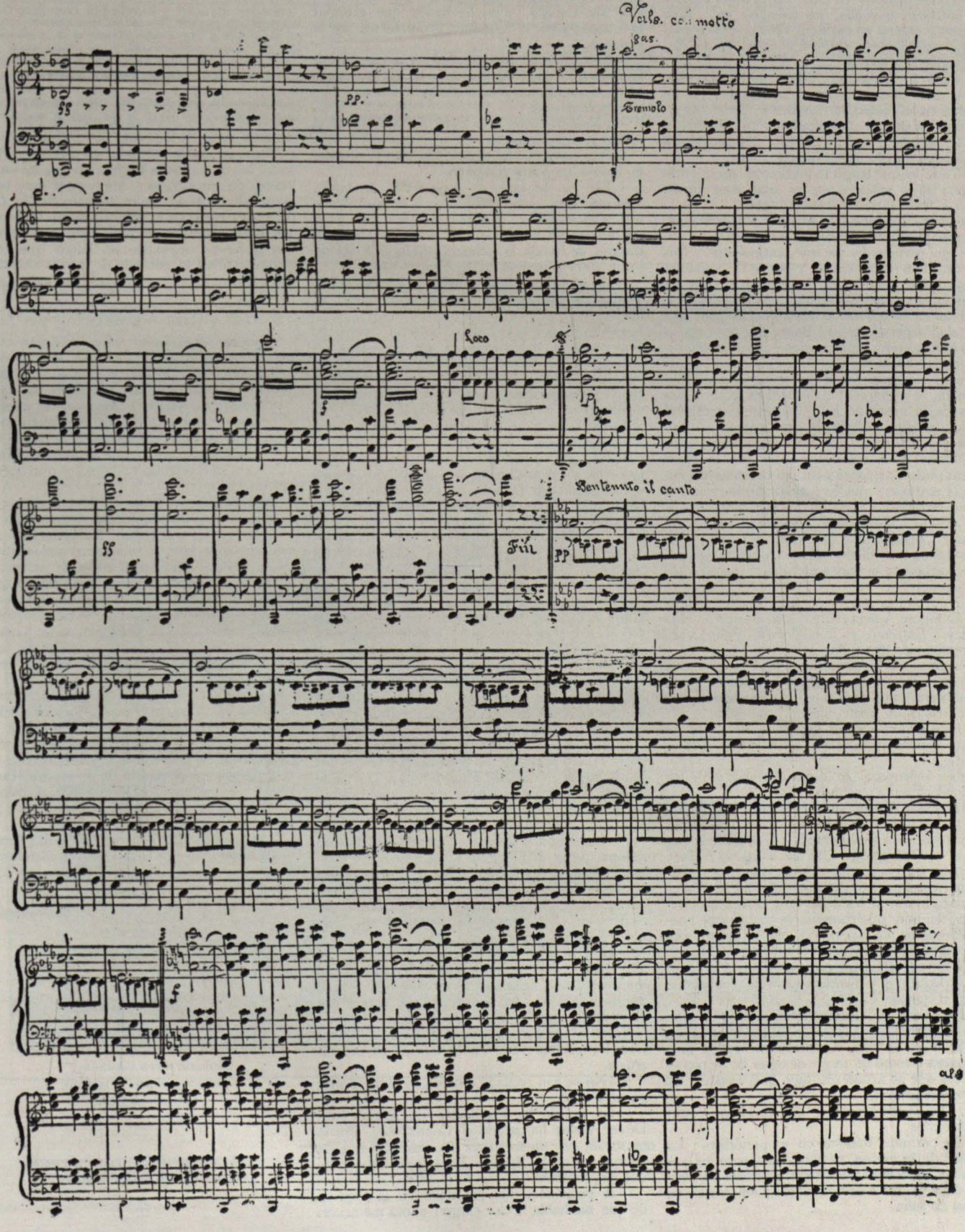


Surtidor en Valencia

¡AY DE MI!

VALS-SENTIMENTAL por F. de P. MAGDALENO

Allegretto. Introduccion



SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

—Yo he pensado en eso. Aquí están la casa, los muebles, la vajilla, los caballos, etc. Pero eso no es dinero en efectivo. No podemos conseguir una hipoteca sobre esas cosas en un día, sin excitar la atención.....

—Pero tú olvidas, mi querido amigo, las diez y seis mil libras esterlinas depositadas en mi nombre en el Banco de Londres y Westminster.

—Ese es dinero depositado en tu nombre y que te pertenece exclusivamente: los acreedores no pueden tocarlo, dijo Potter.

—Todo lo que tengo te pertenece, mi querido Felipe; tú lo sabes y puedes usar este dinero como si fuera tuyo y solamente tuyo.

Confieso que esas palabras de Margarita me llenaron de orgullo; y dando una mirada á Felipe ví que participaba de mis sentimientos. Sus ojos brillaban de contento, y por toda respuesta lo único que pudo hacer fue estrechar entre las suyas la mano de Margarita. Ví que aquellas palabras de su esposa le habían hecho más feliz que si el dependiente del Banco que cometió el robo hubiese retornado las cien mil libras esterlinas que se había llevado.

Quedé en compañía de mis amigos como media hora, y entonces me despedí de ellos. Era ya cerca de media noche. Felipe me acompañó hasta la puerta. Al abrirla, un carruaje se detuvo frente á la casa, y la corpulenta humanidad de Motley salió del coche. Yo me apresuré cuanto pude á alejarme para no demorar un minuto la entrevista que iba á tener efecto; pero al verme, exclamó:

—¡Hola! Holderness; deténgase usted un instante: deseo hablar con usted.—Y asiéndome de un brazo y tendiendo el otro á Felipe agregó: "¡Supongo que no hay secreto para nuestro antiguo amigo!"

—No: no hay ningún secreto, replicó Felipe.

—Entonces venga usted con nosotros, dijo Motley. Entremos en la biblioteca, Felipe: ahí estaremos más tranquilos.

Entramos en la biblioteca, donde ardía una lámpara. Motley se arrojó en un sillón, se quitó el sombrero, tomó aliento y limpiándose el sudor que corría de su frente dijo:

—Felipe, deme usted un vaso de agua de Seltzer y un puro habano: estoy medio muerto de fatiga.

Felipe le proporcionó lo que deseaba, y Motley continuó en estos términos:

—Yo creo, Felipe, que todo se arreglará satisfactoriamente: He visitado á los acreedores de más bulto. ¡Qué gente! ¡Qué cabezas tan duras! ¡Qué inteligencias tan limitadas! Pero les he hecho comprender esto: que si nos conceden tres ó cuatro días, podrán reembolsarse casi todo lo que se les debe; y si no nos los conceden, tendrán que contentarse con lo que puedan conseguir, deduciendo de ello los gastos que acarrean los procedimientos judiciales. He obtenido dinero suficiente para satisfacer á los deudores pequeños, y mañana podremos abrir de nuevo el Banco.

—Estas son excelentes noticias, dijo Felipe lleno de alegría.

—Sí, todo va bien, á menos..... Motley hizo una pausa y tomó un trago de agua de Seltzer—á menos que no acontezca algo que asuste á los acreedores grandes.

—¿Qué puede acontecer que los asuste? preguntó Felipe.

—Un parrafito maligno en un periódico. La libertad de la prensa es muy bella para los periodistas, pero si en mis manos estuviera les pondría á todos una mordaza como á los perros en el mes de Julio.

—Los periódicos decentes y de reputación, dije, seguramente que no.....

—Bien; yo no estoy muy seguro de ellos; sin embargo los que más temo son los que tratan de abrirse camino. Esos preciosos "periódicos de la buena sociedad," como se titulan ellos mismos, que salen hoy y desaparecen mañana, se aventuran á todo, dicen y hacen todo lo que se les ocurre con tal de llamar la atención. Pues bien, acerca de uno de esos periodiquillos deseo hablar con usted, Holderness. ¿Conoce usted á un hombre llamado Thornton?

—¿El autor de "Golconda"?

—El mismo.

—Le conozco muy superficialmente, nada más. Corre con la nueva ópera bufa que ha escrito con Mr. Cavello, y yo he tenido que arreglar la música para el libreto. Intimamente no le conozco.

—Eso importa poco. Usted tiene que dirigir la orquesta cuando la ópera se ponga en escena la semana entrante ¿no es cierto?

—Sí, contesté.

—¿Naturalmente que todo se lo llevaría el diablo si usted quisiera?

—Por supuesto que si no dirijo bien la orquesta, habría un *fiasco* completo.

—Eso es lo que yo creo. Por lo tanto, Thornton está, como quien dice, á merced de usted, y él lo sabe. Naturalmente que por nada del mundo un hombre de los principios de usted trataría de hundir la primera producción de un joven autor; pero él no debe saber eso.

—No sé á donde quiere usted ir á parar, señor Motley, le dije: no me agrada este modo de hablar.

—Ahora lo verá usted. Thornton acaba de emprender la publicación de un periódico, lo redacta, ó es el editor, ó cosa parecida: de todos modos se halla al frente de él. Es una publicación vulgar, personal é injuriosa. ¿Lo ha visto ustud, Felipe? Se llama *El Látigo*.

Felipe no lo había visto, ni yo tampoco, y así lo manifestamos.

—Bien, nada han perdido ustedes, dijo Motley. Es el periodiquillo más sucio que pueda darse. En todo él no se vé usado sino el pronombre de la primera persona, como ustedes lo llaman: "Yo," "yo," y "yo" en todas partes. "Yo voy al teatro," "Yo voy á las carreras de caballo," "Yo hablo en el club," "Yo hago esto," "Yo hago lo otro," etc. En una palabra, este "yo," que es Thornton, va á todas partes, en todo se mezcla, y de todo habla. Ultimamente se ha mezclado en los asuntos financieros, y eso es lo que yo temo. Ese precioso periodiquillo sale mañana, y si le ha dado por hablar de nuestros negocios, Dios sabe lo que dirá. Lo que deseo que usted haga, Holderness, es que vaya á la redacción, busque á Thornton, é impida que publique cualquier artículo que se refiera á nosotros.

—Ciertamente que lo haré, dije poniéndome en pie. Haré cuanto de mí dependa; y tengo sobrada buena opinión de Thornton para creer que cuando yo le diga la verdad acerca de este robo, no escribirá ni una línea en contra de ustedes.

—Eso está bien, Holderness, dijo Motley; pero si usted pudiera darle á entender al mismo tiempo que si ofende á los amigos de usted también ofende á usted, y que usted no es de esos hombres que dejan pasar una ofensa sin vengarla, hará más para mantener á este señor periodista en el sendero de la honradez, que apelando á sus sentimientos elevados.

—Haré cuanto de mí dependa, dije, sin hacer alto en las frases de Motley, que ciertamente no apelaban á mis sentimientos de honradez; pero no juzgué la ocasión oportuna para entrar con él en una discusión sobre este particular.

—No se apresure usted, me dijo: el último tren ha partido ya. Yo le llevaré en mi carruaje.

—¿No se han recibido noticias de Burns? preguntó Felipe.

—La policía ha descubierto que partió para Dóver y que ha parado al Continente. Por lo tanto, no hay que esperar que veamos en algún tiempo á Tomás Burns. Y al decir esto, soltó una imprecación.

—A propósito, dije, pensando en la empresa de que me había hecho cargo: ahora me acuerdo que el señor Thornton es amigo de la esposa de usted, señor Motley. El la acompañó al teatro á oír el primer ensayo de la ópera.

—Lo sé; ¿y bien, Holderness?

—Me parece que, como esposo de la señora Motley, tiene usted ciertos derechos á su consideración.

Motley me interrumpió con una sonora carcajada.

—Bien se vé que usted no conoce á mi esposa. Precisamente por que ella y Thornton son buenos amigos, es que le temo.

Y hablando lentamente y con énfasis, agregó:

—Si en *El Látigo* de mañana hay algún artículo mal intencionado, se deberá á mi esposa. ¿No comprende usted que ella daría cualquier cosa por arruinar y hundir por completo á Felipe y á Margarita?

CAPITULO XI

Era ya demasiado tarde. La oficina de la redacción de *El Látigo* en la calle de Fleet estaba cerrada, y en la imprenta me dijeron que el periódico ya había entrado en prensa. Apenas cerré los ojos aquella noche: tal era mi ansiedad acerca de mis amigos. Me levanté muy temprano y salí en busca de un número de *El Látigo*. Ví en un cartel en la vidriera de un librero la tabla de las materias del periódico, cuyo emblema era la figura negra de un látigo que cruzaba diagonalmente la cubierta de arriba abajo. Una línea de grandes letras negras llamó al punto mi atención:

"MOTLEY Y HARLOWE SUSPENDIERON PAGOS."

Compré un ejemplar. En la página interior, en la sección titulada "Dinero," leí "Quiebra," y debajo el artículo que copio:—"Los señores Motley y Harlowe, banqueros de la calle de Throgmorton, suspendieron pagos ayer. Un dependiente desapareció con el contenido de la caja. No se hizo ningún pago al Banco ni éste pagó á nadie, de modo que los señores Motley y Harlowe, no teniendo nada mejor que hacer, cerraron las puertas.

"Nadie dió muestras de gran sorpresa en la calle de Throgmorton, excepto los acreedores.

"Se cree que el Banco comenzará de nuevo sus negocios hoy, y se espera que la presente crisis desaparecerá con un poco de paciencia por parte de los acreedores. Es de desear que así suceda. La única dificultad consiste en persuadir á los perros de presa que se mantengan tranquilos hasta que la gente menuda haya sido pagada. Si yo fuera un acreedor de tomo y lomo me pondría al lado de los de pequeña monta.

"He oído en la Bolsa muchas expresiones de simpatía hacia los banqueros, aunque nadie las extiende á los acreedores. '¡Excelente hombre ese Motley! ¡un golpe terrible para él! ¡Perder de un golpe el trabajo de toda su vida!' '¡Y Harlowe, el marido de la señora Harlowe, una mujer encantadora que estaba á punto de ser presentada en la Corte. ¡Un brillante futuro perdido!'

"Banqueros y acreedores, tenéis mis simpatías y al mismo tiempo mis congratulaciones. La desgracia hubiera sido mayor á haber acontecido más tarde.

Continuará

CHARADAS

Primera dos consonante,
prima tercera también,
primera cuarta lo mismo,
y el *todo* comida es.

—*¡Prima dos! ¡Tercera cuatro!*
¿Os vais con *todo* al teatro?